



**PASAPLAYAS:** Aprovechando una bajamar excepcional  
Iremos en un colorido y sonoro paseo por la orilla encabezados  
por un pito y tamboril, portando globos, pancartas y camisetas

## CAPÍTULO PRIMERO

Hacia años que Zulema no acudía a ningún curso de la UIMP en el palacio de La Magdalena de Santander. Al llegar, tuvo la impresión de que los árboles habían continuado creciendo y, al vislumbrar los muros del edificio, antigua residencia real, sintió una extraña sensación que no supo definir.

Su abuela le había hablado, a menudo, de aquella Universidad Internacional y, a petición de ella, había acudido, en algún verano, a cursos de los que allí se impartían.

La senda que subía entre los árboles hasta que finalmente se avistaba el edificio tenía un encanto especial que era muy difícil de describir; no encontraba palabras: era un poderoso sentimiento de añoranza despertado por el olor de los pinos y la espectacularidad del paisaje. Recordó que todas las crónicas televisivas del verano empezaban siempre con aquellas palabras casi mágicas de «en el marco incomparable de la península de La Magdalena». Sonrió para sí misma al rememorarlos.

En la escalinata de entrada, un pequeño grupo de gente escuchaba las explicaciones que un hombre alto, delgado, de pronunciada nariz y con un sombrero que recordaba al del famoso hidalgo desgranaba gesticulando, con brazos como aspas, con los que golpeaba un tríptico que repartía entre los asistentes. Ella se alegró y tuvo la sensación de que había sido un acierto apuntarse a aquel curso. La escena de aquel simpático personaje cervantino indicaba que la UIMP aún cobijaba vida. «Puede que vida extraterrestre, pero vida, al fin y al cabo», pensó ella.

Cogió uno de los trípticos que una acompañante del personaje le ayudaba a repartir, pero, recordando que antes de la primera lección tenía que hacer unos trámites, declinó atender las explicaciones, como, en realidad, hacía la mayoría de la gente. «Aquí, como en todos los sitios —pensó—, nadie presta atención a lo ajeno». Se prometió a sí misma interesarse en el objeto de la diatriba y mientras guardaba el folleto en el bolso, pudo observar en él una especie de serpiente de piedra tumbada en una playa, era como una Nessie fuera del lago, del tamaño de un inmenso dinosaurio. Se detuvo, dudando entre volver y atender a las explicaciones, o dedicarse a sus obligaciones. Optó por lo último, pero con una clara sensación de malestar y desagrado, sobre todo, cuando las puertas giratorias la engulleron en el interior del edificio sin dejarle opción de decidir.

Se dirigió a las oficinas generales y retiró su credencial como alumna del curso para el que se había matriculado y, siguiendo las instrucciones del funcionario, se dirigió al aula en la que se impartía la lección inaugural.

Dos conocidos tertulianos conversaban ya sentados en la mesa frontal del aula. El formato del curso, como estaba anunciado, consistiría en una serie de debates en los que estaban invitados un juez, una periodista y un abogado, que tratarían los límites del derecho a la intimidad en la información periodística. Cuando estaba acomodándose en el asiento, llegó la tercera persona que presidía la mesa, que era la periodista, a quien ella desconocía por completo.

La puesta en escena resultó entretenida, pero no excesivamente original. Cada uno de los ponentes dejó clara su posición ante los infranqueables límites del derecho a la intimidad, el nuevo talismán del mismo. Algunos comentarios sobre un sonado caso hábilmente explicado por el juez hicieron reír o sonreír a algunos de los alumnos de todas las edades, que sumaban unos cincuenta. El letrado también los hizo sonreír al recordar la invocación del derecho a la intimidad exigida por la abogada defensora del ladrón del Códice Calixtino en la catedral de Santiago, unos años atrás. Aclaró a los que no lo recordaban que la sustracción se descubrió gracias a la grabación de una vieja cámara que estaba instalada en la Iglesia; y cuya prueba en juicio, alegaba la defensora, no debía ser admitida por ser una intromisión en el derecho a la intimidad del autor del robo. El propio letrado puso fin al debate indicando que, con algunas invocaciones procesales, a menudo, eran los jueces y los abogados quienes más desprestigiaban el sistema judicial.

Al finalizar las exposiciones, el director del curso tomó el micrófono para dirigirse a los presentes. Indicó que tendría lugar un turno de cuatro preguntas y les recordó que el debate se abría para hacer preguntas a los ponentes y no para que ellos expusieran sus opiniones extendiéndose en las mismas. «Esto no cambia nunca», pensó ella, y, mientras miraba el móvil, se despreocupó tanto de las preguntas como de las largas respuestas que cada uno de los ponentes se empeñaba en efectuar aprovechando unos y otros para darse la consabida coba.

Cuando ya la adormecida concurrencia daba por concluida la charla, se levantó una chica portando una pequeña pancarta que exhibió en todas direcciones al tiempo que decía:

—Me llamo Natalia y este es mi número de teléfono. Creo que, a veces, los alumnos tenemos mucho que decir y no se nos ofrecen posibilidades, aquellos de ustedes que tengan interés pueden incorporarse a un chat que voy a abrir para debatir todos los temas del curso; esto nos permitirá aprovecharlo mejor e incorporarnos tecnológicamente

al siglo XXI —y continuó, diciendo—: Yo hago mi pregunta y me gustaría oír sus comentarios: cuando el derecho a la intimidad se utiliza para encubrir todo tipo de delitos, ¿en la prensa debemos respetarlo? ¿En las redes debemos respetarlo? —Mientras lo decía, seguía mostrando la pancarta con el número a todos los asistentes.

Los miembros de la mesa no sabían si se trataba de un boicot, una bronca o si iba en serio. Cuando el director hizo ademán de tomar la palabra, la espontánea le hizo un gesto con el que impuso silencio y añadió:

—Hace unos meses, la policía española detuvo a un hombre llamado Falciani. Como muchos recordarán, es el nombre del empleado de un banco suizo refugiado en España que justificó la publicación de la lista conocida con su nombre diciendo que no era su obligación como empleado encubrir a los delincuentes, que la privacidad no puede utilizarse contra la sociedad. —Por último, concluyó diciendo—: Estoy segura de que alguno de ustedes participará gustoso. —Y, volviéndose a los miembros de la mesa, les indicó que, por supuesto, ellos también podían hacerlo—. El respeto a las formas es el único requisito exigido. Solo interesan las ideas; por ello, no importa el anonimato. Si no quieren, no tienen por qué decir sus nombres. Es posible que yo misma no me llame como he dicho.

Zulema no se detuvo a escuchar los comentarios de desaprobación que se cruzaban entre los participantes de la mesa mientras los alumnos iban saliendo. Cuando, finalmente, ella lo hizo, siendo de las últimas en abandonar el aula, en el pasillo se encontró con la sorpresa de que la mayoría se había arremolinado alrededor de la chica que, en el interior, se había alzado con el protagonismo y que se apresuraba a recoger nombres y números de teléfonos. Agradablemente sorprendida, esperó su turno y acompañó el número con una sonrisa de franca aprobación.

Al salir al exterior, la pertinaz llovizna santanderina la recibió con su frescor y sus grises, acompañándola en su camino de vuelta. Entre la arboleda, alguien había tirado un folleto al suelo y ella se agachó a recogerlo. Vio que era idéntico al que había cogido en la entrada; el que repartía la acompañante del cervantino personaje y que ella no había tenido tiempo de leer. En el folleto, además de distintas explicaciones sobre el monstruo marino, se convocaba una concentración ciudadana contra la construcción de unas escolleras. Ella asintió con aprobación. En la mortecina ciudad de Santander, aún quedaban rescoldos de vida. Dos gratas experiencias disruptivas en la misma mañana eran mucho más de lo que esperaba de su estancia en la ciudad.

Se acordaba de anteriores estancias y de la memoria familiar el viejo balneario de La Magdalena. Por ello, tras salir de la arboleda, decidió bajar a la playa para ir paseando por la misma hasta este. Al atravesar el antiguo Campo de Polo, entendió que era la serpiente de piedra. Una inmensa escollera partía por la mitad la ensenada de La Magdalena. La marea estaba muy baja y las piedras de la escollera se dividían en dos franjas: la inferior, bañada por el mar, teñida de verdín, y la superior, con las piedras del color gris de la voladura de las canteras. Sobrecogida por la fealdad, caminó por la playa hasta la terraza del balneario, meditando sobre que, si se había construido aquello, a alguien tenía que gustarle o alguien había tenido interés en que se hiciera. Descartado lo primero por su carencia de belleza, se preguntó si habría alguien capaz de encontrar belleza en la destrucción de la misma, sin encontrar ninguna respuesta razonable para ello. «Cuestión distinta serán los motivos», pensó.

Recordó una foto de familia que tenía su abuela en Madrid, en un marco de plata, en la típica mesita en la que había otras fotos y recuerdos familiares, como es tan habitual en las familias españolas. Un matrimonio tradicional sonriente, bajo un toldo y un niño moreno con cubo y pala, que, entonces, como ahora, era compañía obligada para cualquier niño en cualquier playa. No pudo esperar a sentarse en una mesa: sacó la *tablet* del bolso y buscó la foto en el archivo. Sí, el balneario era tal y como lo recordaba en la foto de sus abuelos con su padre en la playa. Había una fila de toldos que daban cobijo a familias aparentemente iguales que la suya. Ahora no había toldos, pero el balneario seguía casi igual. Estaba segura de que si coloreaba la foto, que estaba en blanco y negro, parecería actual.

Se enterneció al ver la foto y decidió dar un paseo por la terraza del balneario. Al llegar al final, pudo ver a su derecha una casona decimonónica, vestida de verde por una parra virgen con un tocado de flores moradas de una buganvilla. El tiempo no parecía haber pasado por ella. Un poco más adelante, un alto muro se levantaba y se extendía a lo largo de la playa. No era como lo recordaba en las fotos familiares.

Le llamó la atención que no era un muro uniforme, era como un viejo soldado de Flandes con innumerables navajazos y cicatrices. La construcción inicial había sido rehecha varias veces, quedando cicatriz de cada una de ellas, pues se veían distintos tipos de construcción. También se veían distintos refuerzos con placas de hormigón, tanto longitudinales como verticales. Un refuerzo con enormes piedras de escollera daba a entender que, finalmente, se había realizado lo que debería haberse hecho al principio. Si el muro estaba en la arena de la playa, hubiera sido mejor cimentarlo correctamente desde

el principio para evitar que los temporales y las mareas se lo llevaran, como, sin duda, se lo habían llevado una vez tras otra a lo largo de los años.

Sobre un talud de arena se había instalado una pasarela de madera por la que circulaba un ciclista. Ella decidió continuar su paseo por la senda hasta el final del muro, paseo en el que fue constatando sus impresiones iniciales. Una pequeña puerta, disimulada en el muro y a nivel más bajo que la propia pasarela, daba acceso, supuso ella, a la finca. Al darse la vuelta para volver al balneario, comprobó horrorizada la inmensa escollera que, como monstruo marino, emergía de la arena. Buscó en los archivos de su memoria y no encontró tanto contraste entre belleza y fealdad en ningún sitio. La marea baja la acrecentaba, pues parecía un monstruo varado en la arena. Hizo un rápido cálculo mental multiplicando longitud por anchura del monstruo y calculó unos 4.500 metros cuadrados de empedramiento. Decidió bajar de la pasarela a la playa y, a medida que se iba acercando, el monstruo se comía el paisaje llegando a ocupar toda la imagen visual, solo el cielo se escapaba de la voracidad de tan inmenso engendro.

Cuando por fin decidió subir a la terraza, vio llegar al personaje a quien había hallado gesticulando a las puertas de la universidad. Este, tras sentarse en una mesa al borde de la terraza, abrió la mochila que se había quitado de la espalda; sacó un cuaderno de dibujo y unas acuarelas que llevaba en una caja metálica y comenzó rápidamente a plasmar las imágenes de la ensenada. Movida por la curiosidad, ella se sentó en una mesa contigua sin hacer ningún gesto que llamara su atención. Cuando vio acercarse a un camarero le pidió dos cervezas y que, por favor, no importunara al pintor, quien, ajeno a cuanto sucedía en su entorno, iba llenando el cuaderno con coloridas imágenes.



Una vez el camarero trajo las consumiciones pedidas, ella cogió una de las cervezas y la puso en la mesa del pintor al tiempo que se llevaba un dedo a los labios indicándole silencio, gesto que, tras unos balbuceos, el pintor entendió. Este volvió a enfrascarse en su pintura, mientras ella, en su mesa, hacía lo mismo con sus consultas en la *tablet*.

Un buen rato más tarde, aparentemente satisfecho, el pintor se estiró sobre la silla. Zulema se levantó, se acercó y le pidió permiso para ver la pintura. Moviendo la cabeza, le dijo:

—Creo que está muy bien pintado, pero ese monstruo tuyo es bonito; se ve que la fealdad no ha podido contigo. Podrías pintarle una boca enorme echando fuego y devorando bañistas. Perdona mi interrupción, os vi esta mañana repartiendo panfletos en la universidad y eso me ha motivado a venir a verlo. ¿Qué es este disparate?

El pintor, como si hubiera estado esperando la ocasión, le contó el desastre que aquella obra significaba:

—¡Esto era un gran santuario paisajístico, un entorno singular que había sobrevivido a los peores años de ingeniería portuaria y que ahora está sucumbiendo ante presiones, intereses y errores inexplicables!

En este momento, ella le interrumpió:

—No, no, inexplicable, no. Mira, yo soy abogada investigadora y te puedo asegurar que, a menudo, los parámetros de análisis solo admiten dos o tres explicaciones. ¡Recuerda la expresión! *Cherchez la femme*! Sirve tanto en sentido literal como en sentido simbólico.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Yo me llamo Zulema Cifuentes —continuó— y ya te dicho que soy investigadora. Cuanto más inexplicable es algo, menos causas posibles tiene. ¿Me entiendes, verdad? A menudo, detrás de determinadas decisiones solo hay caprichos o intereses puntuales. Esto es como lo de las novelas de detectives en las que cuando hay un crimen solo hay que buscar el móvil: poder, sexo o dinero. Siempre es uno de los tres.

Una llamada interrumpió la conversación y Zulema, para no involucrar al pintor, se levantó, alejándose por la terraza. La conversación no muy fue larga, pero sí lo suficiente como para que, cuando regresara, el pintor ya se hubiera marchado, pero no a la francesa: le había dejado una atenta nota de justificación, facilitándole, además, su nombre, Domingo, y teléfono e invitándola a una reunión de una plataforma para salvar La Magdalena. En una servilleta, le había dedicado un pequeño cuadro de la playa con el monstruo enfurecido. También había dejado pagadas las consumiciones.

Por la cabeza de Zulema pasaron esa infinidad de obras que piden los vecinos y las autoridades se niegan a hacer, y que, generalmente, no se llevan a cabo hasta que se producen varias muertes o dramas parecidos. También recordó todas esas obras que se hacen y nadie sabe por qué; frecuentemente, por capricho del político de turno. Antes de que empezara a caer la que cayó, en toda ciudad o pueblo, había que erigir una obra emblemática que diera lustre a la ciudad, fama al político y brillo amarillo a una caterva de redactores, promotores y golfos varios. Ella nunca había sido especialmente crítica con ese tipo de obras, pero se le pasaron por la cabeza la fosa Castor, el puente recientemente hundido en Italia y algunas de las obras de un internacionalmente conocido ingeniero de caminos, las cuales habían ocasionado desastres tan grandes como la fama de sus propios autores antes de los mismos. La conocida frase de «vamos a contratar a los mejores», que es lo que se dice siempre, a veces, provocaba pánico. Casi nunca los que toman las decisiones continúan en el poder cuando se producen los desastres.

A ella el caso ya le había interesado suficiente como para abandonarlo sin más, de manera que, fiel a sí misma, decidió dedicarle su tiempo y su metodología.



EDVARD MUNCH. *El grito*

—Vamos a ver qué ha dicho la prensa —se dijo, y encendió de nuevo la *tablet*. Fue entrando en todos los medios posibles y no encontró ninguna inquietud ciudadana hasta que habían comenzado las obras. Sí encontró múltiples declaraciones de los titulares de la alcaldía, de las que se hacían eco en la prensa, en las que reiteradamente se informaba a los ciudadanos de lo graves que eran los temporales y perversas las mareas, que, año tras año, se llevaban la arena y amenazaban los muros de la playa. Nadie más parecía preocuparse, por lo que el lamento de las autoridades no respondía a ningún sentimiento popular ni a ninguna demanda ciudadana.

Fue leyendo las distintas declaraciones y, por un momento, sintió lo que ella llamaba el «hormigueo de Sherlock», el que sentía cada vez que iniciaba una

investigación. De todas formas, en este caso, no tenía intención de dedicarle excesivo tiempo; al fin y al cabo, era un entretenimiento durante los días del curso.

«En principio, se trata solo de analizar los datos que existen, y no los que no existen», pensó. Recordó aquel doloroso atentado en la calle Atocha de Madrid en la que el gobierno de entonces decía que estaba siguiendo las pistas de ETA. Ella nunca entendió cómo era posible seguir pistas que no existían y, a menudo, hacía la broma de Mortadelo y Filemón y demás agentes de la T.I.A.

«Analizar es una cuestión de método», pensó una vez más. Los veraneos de su familia en Santander la podían ayudar bastante. Desgraciadamente, el recuerdo fotográfico era escaso: unas pocas fotos de familia y quizás alguna postal. Por suerte, lo tenía todo volcado en la *tablet*, pues, antes de venir. Lo había metido todo pensando en rememorar un poco los veraneos de sus abuelos con su padre.

Tras abrir el archivo correspondiente, seleccionó las fotos de la playa y, al levantar la vista, comprobó que algo había cambiado en su configuración. Estaba más elevada o se habían hundido los muros y el balneario. Decidió buscar fotos en la red y tan pronto se puso a teclear fueron apareciendo numerosas páginas, en las que, desde las más antiguas fotos, las aguas bañaban los muros del balneario. Año tras año, durante más de una centuria, pues las primeras fotos que aparecían eran de 1880, con un enorme balneario; el agua siempre llegaba hasta el muro y había trazado un determinado perfil en la costa. Cotejó antiguas fotos con algunas actuales y constató el cambio que se había producido.

El borde superior de la playa se había rellenado, elevándola varios metros, pero, en las distintas publicaciones, la playa aparecía después de los temporales y volvía a estar como había estado siempre, como en las fotos de los veraneos de su familia; todo el relleno artificial desaparecía. Bueno, no desaparecía, pues todos los rellenos que se hacían en primavera acababan en otoño e invierno en la playa de Peligros, que ya no era diminuta. Ya no era una pequeña franja de arena, sino una rebosante playa que se había escapado de sus propias costuras y se iba extendiendo a lo largo de lo que se llamaba el Promontorio, según aparecía en una vieja postal. Entre sus recuerdos familiares, también había una vieja fotografía en la que, en aquel muro, se veía a numerosos niños entre los que estaba su padre participando en un concurso de pesca, cuando debajo había agua y no arena como ahora.

—¡A definitivas! —se dijo a sí misma, como si estuviera informando en un tribunal. Esta era la frase que decían los letrados en la finalización de un juicio cuando las cosas estaban claras y estaba todo dicho; en conclusión, cuando todo lo que se dijera

a partir de ese momento resultaba innecesario. Todos los intentos de elevar la playa fracasan año tras año y descarnan ese viejo muro de mampostería. Esas cicatrices, esos arreglos, son por las cuchilladas de la mar enfurecida por el intento de robarle la playa. ¿Con quién se ha enfrentado para que hayan decidido amurallarla? Desconocedora del mundillo local decidió dejar por el momento la investigación.

«La verdad es que ese muro, más que cuchilladas, lo que tiene son navajazos», pensó, recordando una vez más el principio de economía conocido como la navaja de Ockham, en la que el viejo monje escolástico había sentado el principio de que, en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla es la más probable. Algo parecido a lo de Franklin, Watson y Crick en el descubrimiento de la hélice del ADN. A veces, solo hay que buscar lo sencillo. «¡Creo que se lo dije bien a ese tal Domingo! *Cherchez la femme*, ¡y no te compliques en excesivas elucubraciones!».

Zulema había oído la llegada de numerosos mensajes al móvil. Decidió abandonar el mundo de las escolleras e introducirse de nuevo en su propio mundo para atender a sus obligaciones laborales, familiares y sentimentales. Después, volvió de nuevo al agradable mundo de estudiante universitaria.

Apenas conocía Santander y decidió actuar como cualquier estudiante. Lo primero que hizo fue un abrir un plano en la *tablet* y rastrear la dirección de las librerías locales. Así podría buscar todo lo que le permitiera familiarizarse, tanto con la ciudad como con la UIMP, pues las vagas referencias familiares de la ciudad eran insuficientes para orientarse y, seguramente, estarían obsoletas en casi todo.

Tenía el encargo de su abuela de saludar a un tal Víctor Merino, dueño del Mesón Riojano, saludo que ella dudaba mucho que pudiera efectuar, pues su abuela lo había conocido sesenta años atrás. No obstante, había consultado en Google y había comprobado que el Mesón seguía vivo. No solo eso, sino que seguía siendo un interesante y popular restaurante, aunque solo fuera porque, a lo largo del último siglo, había ido confeccionando una extraordinaria pinacoteca. Algunos de los más conocidos pintores de la segunda mitad del siglo XX habían dejado sus firmas en sus cuadros pintados en los fondos exteriores de los toneles, es decir, barricas de vino, o, en otros casos, en tapas añadidas a dichos fondos. Se prometió una visita, incluso se le pasó por la cabeza proponerlo en grupo del WhatsApp del curso.

Entre las librerías que había localizado en su *tablet*, había una de reventa en la calle del Sol, excelente para buscar alguna joya perdida que le ayudara a visitar el pasado

de la ciudad y de la playa. Al hacerlo, se dio cuenta de que no había conseguido sacarse de la cabeza la maldita escollera. Dejó fluir sus sensaciones y, efectivamente, su inconsciente se hizo presente y sintió que los problemas del curso en el que estaba matriculada le llamaban mucho menos la atención. «Error —pensó—, pues está claro que esto es un problema de poderosos, públicos o privados, pero poderosos, y nada de ello va conmigo. En un sitio inmaculado, nadie hace una barbaridad así sin contar con los afectados y sin poderosos motivos, ya sean confesables o inconfesables. Está claro que algunas de las claves están en los registros de la propiedad y mercantiles, como en todos los casos».

Como investigadora y aficionada a la lectura, sabía que en las librerías de reventa podían encontrarse pequeños tesoros que podrían ayudarla. En las librerías normales se encontraba todo lo moderno: las últimas novedades y las últimas tendencias. Sin embargo, en las antiguas, en las de reventa, se encontraban, con frecuencia, esas joyas únicas que habían sido abandonadas con el resto de sus compañeras de estantería de bibliotecas familiares. Familia deshecha, biblioteca deshecha. Asiduamente, había encontrado libros con las afectuosas dedicatorias de los escritores más laureados. Guardaba con cariño un libro dedicado por Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí adquirido en una de estas librerías.

Siguiendo el mapa, subió andando bajo la fresca sombra de los arcos del paseo de Pérez Galdós, pues la llovizna de la niebla matutina había dejado ya su sitio al sol veraniego. Después de llegar al alto de Miranda, bajó por la calle Menéndez Pelayo. También la sombra de una magnífica alameda en forma de túnel verde la cobijaba. Esta alameda se había salvado de la tala hacía unos años gracias a una atrevida oposición del colegio de arquitectos —que, en aquella época, dependía del de Madrid— cuando algún munícipe visionario había decidido asfaltar, en condiciones, la avenida. Se dio cuenta de que sabía más cosas de aquella ciudad de las que creía saber. Los recuerdos de su abuela, rememorados en tardes de chocolate y galletas María, revivían casi como si fueran sus propios recuerdos. Se sintió cómoda con ellos. El mapa le mandó girar en el cruce con la calle del Sol. Igual que la calle Menéndez Pelayo, muchos santanderinos desconocen su auténtico nombre. La llamaban, o seguían llamando, «calle del Carmen» por la popular iglesia de los carmelitas que está en la mitad, punto de partida de las procesiones marineras en honor a la virgen. La estrecha y popular calle no tenía entresijos y enseguida encontró la librería Reales, que era la que buscaba. Entró, y lo que vio no la defraudó.

Más que una librería parecía una *brocanterie*, pues, junto a estanterías antiguas rebosantes de todo tipo de libros, había una infinidad de objetos curiosos, fotos antiguas, carteles, máquinas de fotografía, pequeñas esculturas... En fin, una serie de cachivaches que convertían el local en un rastro selecto. Pero, sobre todo, había libros, y libros, y libros, unos ordenados y otros desordenados, que convirtieron su visita en una agradable estancia husmeando entre todo ello.

Cuando ya pensaba marcharse, encontró una caja como de desecho en la que estaban confusamente mezclados periódicos viejos, revistas sin tapa, hojas mecanografiadas... Un maremágnum que se podría describir como «escritos sin libro de familia», esto es, sin padre, madre, disciplina ni autor conocido. Hizo un gesto como pidiendo permiso para rebuscar, a lo que el dependiente contestó encogiéndose de hombros. En el revoltijo, encontró una carpeta de cartón azul sin goma de cierre o, mejor dicho, con la goma revenida y pegada al propio cartón. La abrió y el corazón le dio un vuelco.

El dependiente debió de darse cuenta, porque le preguntó si se encontraba bien, si le pasaba algo.

—Sí, sí. Es que creo que he encontrado algo parecido a lo que buscaba —contestó ella, enfrascándose a continuación en el contenido de unas pequeñas memorias manuscritas de encuadernación casera. Comenzó a leer al albur y encontró la siguiente descripción:

*Por aquellos años, fue también cuando se hizo el club (edificio, quiero decir) de Caza y Pesca en el que, hasta entonces, como ya dije antes, normalmente se reunían los directivos en el Pan Duro, en la calle Bonifaz. También, el embarcadero de la playa de La Magdalena, aprovechando los restos que quedaban del antiguo muro y llegaban casi hasta la altura de la isla, que se hizo para el embarque (y desembarque) de los socios del club. Este servicio se hacía por medio de un bote de remos que tuvo varios barqueros. Uno de los últimos fue un chaval apodado Esquila, hijo de Pablillo y «la Dolores» (no la de la célebre jota). A propósito de esta muerte se habló bastante. [...] sino que lo habían colgado algunos de los que se dedicaban al contrabando de tabaco y medias de cristal...*

—Me llevo la carpeta completa. Marca veinte euros, ¿es correcto?

—Sí, por supuesto. Y, si encuentra algo más que le interese, le hago un precio, si le parece bien.

Pasó la noche entre el balanceo de viejos barcos de cabotaje que esperaban viento para zarpar en el Fondeadero de los Pataches, navíos embarrancados en la playa de las Quebrantadas, asaltados y desguazados por los saqueadores del sur de la bahía, y el rítmico bogar de las traineras que salían a la faena con la singular letanía del crujir de estrobos en los toletes. Recuerdos que hubieran merecido una novela costumbrista. Finalmente, cuando ya el sueño la vencía, encontró una especie de memorándum, que, *a priori*, no supo calificar, pues parecía un informe novelado de la historia de ciertos años de la ciudad.

## CAPÍTULO SEGUNDO

Zulema decidió poner a prueba el método ideado por la estudiante que había hablado en la conferencia. Mandó un mensaje a todo el grupo, diciendo que, en la entrada de la universidad, había un grupo de personas repartiendo un tríptico en el que figuraba una escollera y se daban explicaciones sobre la misma.

«Ya sé que aparentemente no guarda relación con el curso, pero sí podría tenerla, pues es una decisión política muy contestada en la ciudad». Y añadió a continuación: «Ni a los autores ni a los posibles beneficiarios les gusta que se hable de ellos si no se habla bien. Si tenéis alguna idea, espero comentarios».

A lo largo de la mañana fue recibiendo emoticonos, pero ningún comentario; parecía como si nadie se hubiera enterado. En el curso, como no se había identificado, nadie le dijo nada y ella misma prefirió no identificarse. Ni siquiera cuando se mantuvo un encendido debate, después de las conferencias del día, hizo ninguna referencia al wasap que había enviado.

Lo que sí le llegó fue un wasap del pintor, invitándola a un coloquio a las ocho de la tarde sobre el tema de las escolleras en el Colegio de Arquitectos. Sin ningún plan mejor a esa hora, y puesto que tampoco interfería en el curso, decidió acercarse.

La sala estaba medio llena cuando llegó, y se sintió la persona más joven, con diferencia, entre los asistentes. Fue consciente, una vez más, de que la media de edad en cualquier acto cultural aumentaba inexorablemente año tras año. La mayoría eran siempre mujeres y solo entre estas bajaba un poco la media de edad. Por un momento, pensó en qué hacía allí, qué interés tenía para ella aquel lío entre santanderinos. El pensamiento fue fugaz, pues el saludo del pintor la sacó de su ensimismamiento.

Mientras el moderador hacía la presentación, se sentó y abrió su *tablet* preparándose para ampliar y cotejar los datos que los conferenciantes facilitaran, como es habitual hoy en este tipo de charlas, o como, desde luego, lo era para ella.

Unos minutos de cortesía precedieron al comienzo de la exposición del pintor, ahora convertido en conferenciante. Se ayudó con un Power Point, proyectando en una pantalla innumerables fotografías y carteles de época.

—Esta es la imagen que Santander ha transmitido al mundo durante más de cien años. —Iban desfilando por la pantalla carteles de un mundo anterior incluso a la época que habían vivido los padres de los que estaban allí. Decía el conferenciante que Santander había unido su destino al veraneo de la realeza a finales del siglo XIX y

principios del XX, y había quedado inmortalizado en aquellas imágenes. No solo carteles, sino también fotografías y algunos dibujos acompañaban sus palabras. Decía que había una cosa que, durante todo ese tiempo, había permanecido inmutable: el respeto hacia aquel paisaje.

—Nuestros visitantes —continuaba el pintor— vienen porque hemos sabido mantener esta belleza natural. El atractivo fundamental de Santander, y quizás eso sea malo, es su extraordinaria belleza. La declaración del palacio de La Magdalena y el Sardinero como Paisaje Singular Protegido es, en gran medida, lo que ha preservado la playa de La Magdalena, pero, como pertenece al medio marino, no está incluida en esa declaración. Eso es lo que ha permitido la brutalidad de esa actuación, salvaje, desmedida y en contra de los modernos criterios de conservación de la naturaleza.

Navegando por la *tablet* mientras le escuchaba, comprobó que las distintas autoridades municipales y algún colaborador en la prensa hablaban de forma reiterada de que se había hecho una encuesta y el 91 % de los encuestados había defendido que se hicieran las obras.

Aprovechando una breve interrupción, Zulema se animó a hacer una pregunta en relación con aquella consulta.

—Sin embargo, las autoridades municipales dicen que estas obras fueron aprobadas en una encuesta por el 91 % de los encuestados, ¿puede decir algo al respecto? Ya sé que se está hablando de otra cosa y le pido que me disculpe por la interrupción, pero no soy de aquí y no estoy muy familiarizada con el problema.

No contestó el pintor, sino el moderador de la mesa, quien, con un gesto, pidió a aquel la palabra para responder.

—Sí, tiene usted razón, eso es lo que han venido diciendo, pero esa encuesta nunca ha sido publicada. Por solicitud nuestra, recientemente, nos ha sido facilitada por la Demarcación de Costas, que es la responsable de la obra. Según nos dicen, es una encuesta que se hizo por el Grupo de Ingeniería Oceánica a través de Internet en febrero de 2008. A dicha encuesta, contestaron ciento cincuenta y seis personas de las que, efectivamente, el 91 %, a la pregunta de si querían una playa de arena o una rasa de roca, eligieron lo primero. A cada pregunta que se hacía, se excluía la opción minoritaria, de forma que el número de personas que, finalmente, votaron a favor de la obra que se ejecutase resultó ser treinta y seis. Como las preguntas eran de carácter técnico, del tipo de «si eran partidarios o no de un dique exento», expresión que habitualmente solo conocen los arquitectos e ingenieros, tenemos la sospecha de que las únicas personas que

contestaron fueron los estudiantes y profesores de la escuela de caminos, o sea, los mismos autores del estudio.

Ante esta respuesta, se produjo un revuelo general con claras muestras de enfado que fue difícil de reconducir y, cuando ya la calma parecía que había vuelto a la sala, fue el propio moderador de la mesa quien, dirigiéndose a Zulema, le dijo:

—Mire, el motivo que se invoca para hacerlo es que los temporales de invierno se llevan todos los años la arena de la playa hacia la zona de lo que se conoce como playa de Los Peligros. Durante los últimos años, se ha venido reponiendo dicha arena al centro de la playa con un coste que, según dicen los responsables municipales, asciende a unos cincuenta mil euros anuales. Debo decirle que ese dinero no nos cuesta a los santanderinos, ni siquiera a los cántabros. Son obras que ejecuta y paga la administración del Estado. Para que usted me entienda, los mismos que pagan los rescates de las autopistas de Madrid, solo que allí la cifra asciende a cuatro mil o cinco mil millones de euros y fíjese usted nosotros, los santanderinos, nos gastamos en limpieza de playas unos novecientos mil euros anuales, pero, en parques y jardines, más de nueve millones. A nadie se le ocurre decir que hay que quitar los jardines y la limpieza porque cueste tanto dinero.

Cuando el presidente de la mesa devolvió la palabra al pintor-conferenciante, Zulema continuó navegando en su *tablet*, comprobando la veracidad de las palabras que acababa de oír. Efectivamente, en unas recientes declaraciones, la regidora municipal se congratulaba porque las obras continuarían y así Santander no tendría que pedir nada al Estado. Como encontró varios comentarios en ese sentido, descartó que el criterio fuera tan simple como la literalidad indicaba. La respuesta era una sutil llamada a la pobreza de unas clases sociales asustadas por el déficit, los recortes y el gasto público. «Menudo cóctel», pensó. Cuando conectó de nuevo con la charla, el ponente que había intervenido indicando las cifras señalaba, que, con el coste de las obras de las escolleras, se hubiera podido mantener la playa durante cuarenta años, por lo que había que descartar que el motivo real de las obras fuera el coste de mantenimiento y habría que buscar otros motivos.

Cuando el debate entraba en un momento de acaloramiento, ella recibió un mensaje en el que le indicaban que estaban esperándola en el Riojano, tal y como habían quedado, y sí, se dio cuenta, en aquel momento, de que ella misma, en el *breakfast* del curso, había comentado su visita a aquel mesón y se había emplazado un grupo a las

nueve. Miró el reloj y vio que eran casi las nueve y media. «Llego en un minuto», tecleó, y abandonó apresuradamente la reunión.

### CAPÍTULO TERCERO

Pese al cansancio del día, lo primero que hizo tras llegar al hotel y ponerse cómoda fue sacar la carpeta que tan buenos momentos le había proporcionado la noche anterior, con la esperanza de que su suerte no se hubiera acabado. El siguiente documento de interés que encontró eran unas cuartillas amarillentas, sin encuadernar, pero, como estaban numeradas, no le resultó nada difícil ordenarlas y leerlas a continuación. El relato empezaba así:

*Don Ramón F. T., gobernador civil de Santander y jefe provincial del Movimiento, no se extrañó cuando recibió una llamada del deán del obispado, quien informaba del interés del señor obispo en tener una conversación con él y, con alguna otra autoridad civil, según dedujo don Ramón a lo largo de la conversación. Y no se asombró, pues a la salida de los oficios celebrados recientemente en la Santa Iglesia Catedral con motivo del aniversario del Alzamiento Nacional del 18 de julio, ya le había indicado su máximo interés en tener una conversación seria, y no por motivos exclusivamente pastorales, sino también políticos y sociales. La llegada de varias señoras de alto empaque había cortado de raíz la conversación, lo que no sorprendió al gobernador, pues era conocida la vanidad del señor obispo y su debilidad al halago femenino, sobre todo, si era de damas encopetadas pertenecientes a lo que se consideraba el «beau monde». La posibilidad de ser invitado a alguna de las fiestas veraniegas que aquellas damas acomodadas realizaban habitualmente en sus residencias había sido, seguramente, el motivo de que, no solo le dejara con la palabra en la boca, sino también que le diera la espalda. Sin duda alguna, el señor obispo era consciente de que no era igual el respeto que al gobernador mostraban los maridos que sus esposas, pues el respeto de aquellos era político y de conveniencia y no era necesario ampliarlo al ámbito privado, algo que ellas entendían a la perfección. A don Ramón se le invitaba menos para fiestas privadas de lo que él hubiera deseado. Indudablemente, el señor obispo era, asimismo, sabedor de ello, no solo por observar las actitudes de unos y otras, sino que, incluso, pudiera ser también, por la habilidad de la conversación en el secreto del confesionario y, desde luego, por el hecho de no coincidir nada más que en contadísimas ocasiones. Dejarle con la palabra en la boca y darle la espalda era también una forma de decir a las damas que él pensaba del gobernador lo mismo que ellas y que sus relaciones eran exclusivamente las que*

*derivaban del cargo; por ello, si se acercaban con algún ánimo, en tal sentido, mejor a solas que acompañado.*

*Don Ramón ya venía percibiendo desde hacía algún tiempo que la adhesión inquebrantable, que en los primeros años se le prodigaba por la llamada alta sociedad civil santanderina, había ido cambiando lentamente. Esta sociedad era sutilmente distinta y, a menudo, sentía que, si bien no oía palabras, sí percibía silencios. Paradójicamente, parte de esta nueva alta sociedad era la que se había enriquecido con la reconstrucción de la ciudad, aparatosamente quemada en el incendio del año 1941 y cuya reconstrucción había sido promovida por el propio gobierno y el Movimiento Nacional. En años anteriores, hubiera sido impensable que, ante una anécdota bien contada, no hubiera un coro de risas y felicitaciones. Todavía le escocía la impertinente cuestión que había hecho el ingeniero de una importante empresa, extranjeros ambos, cuando, al acabar de contar la anécdota, que, en realidad, era una historia parcialmente inventada en beneficio del propio gobernador y de sus cargos, le había preguntado impertinentemente, si creía que, en países como Francia o Bélgica, las autoridades podían contar historias como aquella. El presidente de la Junta del Puerto se había llevado al descortés ingeniero a otro extremo de la sala en la que se estaba tomando el cóctel, pero él había interpretado algunas subrepticias miradas como de una regocijada burla. Esto era una anécdota, pero significaba y él era consciente de ello, que los mejores tiempos estaban cambiando. Los extranjeros, los malditos extranjeros en algunas de las empresas punteras de la provincia, estaban empezando a marcar el paso. Recordaba las palabras de su tío el rojo; no es que fuera rojo, pero tampoco era otra cosa, aunque, quizás, sí lo fuera y no se atrevía decirlo. El tío, cuando todavía se hablaban, cosa que dejaron de hacer progresivamente a medida que él se iba afianzando en sus cargos, le decía que tenía que estar atento a los que se sustituyeran, a los que mandaban ahora y quienes se jubilaran, porque los cambios siempre los traían los nuevos y aquellos que estaban ahora durarían poco. «Los viejos no saben cambiar, siempre hacen lo mismo, son sus hijos los que hacen los cambios». Ramón era entonces consciente de la sabiduría de su «tío» y, por ello, le resultaba fácil entender el significado de aquellas sonrisas, lo mismo que la actitud del obispo.*

*El día en que estaba citado, cuando salía del edificio e iba a cruzar la calle para dirigirse a las oficinas del obispado, se detuvo ante él el coche oficial del alcalde, y este, tras bajar la ventanilla, dando por supuesto que iban al mismo lugar le invitó a subir. El gobernador dudó, pues todo el mundo sabía que la única relación que mantenían era la*

*estrictamente oficial. Ya en el interior del vehículo, tras los saludos y agradecimientos de rigor, el anfitrión le espetó:*

*—¿Qué mosca le ha picado a este y quién se ha creído que es? —Y, cambiando inmediatamente el tono, añadió—. En fin, enseguida nos enteraremos.*

*En el obispado, les estaban esperando, pues a la puerta aguardaba un joven vestido de seminarista, que, enseguida, los llevó a una sala de visitas, profusamente recargada con unos muebles oscuros, anticuados y evidentemente incómodos, forrados los sillones en una tapicería que debió de ser granate, pero tan sobada que había perdido su color. Las persianas estaban bajadas y las ventanas cerradas, por lo que olía a cerrado, pero un cerrado mucho más antiguo que el del propio edificio, a un cerrado de siglos. Parecía como si, al hacer las recientes obras, hubieran traído aire enrarecido de otros lugares y rellenado con él las nuevas dependencias. Ambos visitantes hicieron expresiva mueca de desagrado ante el opresivo ambiente.*

*Tras una breve espera se abrió la puerta y el obispo ocupó el dintel de esta, esperando allí a que sus visitantes se acercaran a besarle la mano, que mostraba tendida en una estudiada puesta en escena de su poder. «Estos son milenios de experiencia», pensó Ramón, que nunca se había acostumbrado a compartir el poder con el clero y, mucho menos, subordinando el suyo al de la Iglesia. Era consciente, en todo caso, de que, a la larga, el que sobreviviría sería el de la Iglesia y, por ello, pese a su desprecio, jamás daba la más mínima muestra de ello.*

*El anfitrión les pidió cortésmente que tomarán asiento, pero él permaneció en pie frente a ellos, mirándolos alternativamente, y, al fin, dirigiéndose a ambos, comenzó el discurso que tenía preparado, actitud que no sorprendió a ninguno de sus visitantes, pues también ellos eran profesionales de la farsa.*

*—Hace unos días, en el día del Carmen, estuve en El Sardinero asomado a la barandilla de la playa —y, subiendo el tono, añadió, escandalizado por aquel amasijo de carnes en estado pecaminoso (algunas extranjeras en esa prenda inadmisibles para la moralidad que llaman bikini) y mirando al alcalde—: y vi a la pareja de guardias municipales que patrullaba la playa en una manifiesta dejación de sus funciones. ¿Qué está pasando? ¿Me podéis decir que está pasando?*

*Tras un largo silencio en el que miraba a uno y a otro de forma alternativa, el alcalde, tras carraspear, tomó la palabra y, como pidiendo permiso al gobernador, dirigiéndose ya a él, le contestó:*

—Tiene usted toda la razón, señor obispo, pero los tiempos cambian. La presencia en nuestra universidad de numerosas alumnas extranjeras induce a nuestros chicos a buscarlas, porque son, como diríamos, más sociables; sí, más sociables, ya me entienden ustedes. —El alcalde había elevado el tono de respeto y añadió—: Y nuestras chicas tienden a imitarlas. «Estas son las nuevas tendencias», nos decía en una reciente reunión el alcalde de Palma de Mallorca, pero son tendencias que van a imponerse. Ustedes me van a perdonar, pero la sociedad se nos está yendo de las manos.

—¿Qué es eso de que la sociedad se nos está yendo de las manos?! —gritó iracundo el obispo—. ¿Cómo se atreve a decir eso delante de su máxima autoridad eclesiástica?!

—Mire usted, señor obispo —comenzó a decir el alcalde, que fue nuevamente interrumpido de una forma incluso más iracunda por aquel, quien, asimismo, fue interrumpido por el gobernador, interrumpiendo a ambos.

—El alcalde tiene razón, señor obispo, no estamos en una reunión pastoral en la que tendría usted todo el magisterio. Me van a perdonar los dos, pero, en estos temas, yo soy la máxima autoridad, pues represento al gobierno de su excelencia el caudillo, y me alegro de que haya promovido esta reunión, porque es un problema que nos afecta a todos. El señor alcalde tiene razón, aunque nos cueste reconocerlo. Nuestro país está abriendo las puertas a la llegada de extranjeros y hemos recibido instrucciones de respetar sus hábitos y sus costumbres. Esas conductas tan inmorales y ajenas al espíritu patrio tenemos que contemplarlas con una consideración distinta, pues así son las instrucciones que tengo recibidas y no pienso desacatarlas, aunque no las comparta plenamente.

Se oyó un suspiro de alivio, que era del alcalde, quien, tomando nuevamente la palabra, ya más seguro de sí mismo, continuó:

—La reunión de la que hablo fue muy novedosa, pues habían contratado a un profesor extranjero para que nos diera una charla sobre un tratado firmado recientemente, del que habrán oído hablar seguramente, llamado Tratado de Roma. Fue muy desagradable oír que España no es un ejemplo para nadie y que, cuanto antes nos olvidáramos de esas palabras tan repetidas entre nosotros de que somos la Reserva Espiritual de Occidente, mejor nos iría; fíjense que, entre los asistentes, se oyó una voz que aclaró que no éramos la reserva espiritual, sino la reserva «sexual». Pueden suponer el alboroto que se armó y que al autor de la expresión se le invitó a abandonar la sala, cosa que, por cierto, no hizo.

*Un largo silencio siguió a las palabras del alcalde, silencio durante el cual, la estudiada y prepotente pose del obispo se desinfló por completo, consciente de que estaba haciendo un ridículo espantoso ante las autoridades civiles.*

*Cada uno de los presentes meditaba sobre si sería cierto el cambio, que, pese al apagón informativo que había en España, se estaba empezando a conocer. Según se leía, a menudo, en algunos medios de prensa, sobre todo, extranjera, la incipiente llegada de turistas venía acompañada de cambios en las costumbres locales. También algunos medios de la prensa del Movimiento se hacían eco y, aunque sus palabras fueran de crítica, había quien sabía leer entre líneas.*

*«Una cosa es engañar al pueblo y otra, dejarse engañar», pensaba el gobernador. Finalmente, este, tomando la palabra, dijo:*

*—Les voy a hacer una confidencia. Recientemente, hemos tenido una reunión a petición del rector de la Universidad Internacional, quien es consciente de los problemas que sufren algunas alumnas extranjeras que se han quejado de sentirse acosadas en las playas. Nos habló de acotar el último tramo de la playa de La Magdalena para los estudiantes de la universidad. Sería necesario hacer un espigón para que se estabilizara la arena y quedarán cubiertas las rocas. El acceso sería muy cómodo desde la universidad y podría cerrarse para su uso exclusivo. La idea, desde luego, parece interesante y, después de tantear a la autoridad portuaria, parece plenamente factible. Si ustedes me hicieran llegar peticiones en el mismo sentido, tendríamos más fuerza en Madrid, que es donde se va a decidir.*

*Una llamada a la puerta interrumpió sus palabras; el mismo seminarista que les había recibido a su llegada entró en la sala y le dijo al obispo unas palabras al oído al tiempo que le entregaba un sobre, que este se apresuró a abrir, sacando de él una tarjeta manuscrita. Una vez leída, se levantó y, dirigiéndose a sus visitantes, les pidió disculpas, pues un importante asunto pastoral requería su presencia. Pidió al seminarista que los acompañara a la puerta; cuando ya salía, se volvió e indicó al gobernador que, de forma inmediata, recibiría una carta de apoyo a la propuesta y que no dudara en sugerirle los términos concretos si no le parecía adecuada.*

*Las dos autoridades civiles se despidieron en la puerta con un convencional apretón de manos y cada uno escrutó con su mirada a los ojos del otro. Sin quererlo, en aquella reunión —muy apropiado, para ello, el lugar—, cada uno había visto recovecos desconocidos en el alma del otro. Cada uno ya sabía que la firmeza de las convicciones*

*del otro, además de las propias, eran un juguete del tiempo, de las circunstancias, de las modas, de los intereses y de las ambiciones.*

*Ninguno hizo un gesto que le delatara, pero ambos sospecharon que pensaban lo mismo del reciente cambio en el gobierno, en el que habían entrado los tecnócratas del Opus Dei. Con el anterior gobierno, hubiera sido impensable una reunión como la que había comentado el alcalde.*

*El espigón comenzó a construirse poco después y, a medida que este avanzaba, crecía el mito. La playa empezó a denominarse de múltiples formas con referencia a la emblemática y evocadora prenda de baño femenina: playa de los Bikinis, playa de Bikini, Bikinis... Pocos fueron los santanderinos que no hicieron peregrinaje por el roquedal de La Magdalena hasta la emblemática playa en busca de difusos sueños y, quizás, placeres reales. Cuentan las leyendas urbanas que algunos los consumaron. Las extranjeras, francesas, suecas y alemanas se convirtieron en la peor pesadilla del obispo. El sex appeal, «ese erotismo que nos invade», se convirtió en el lamento permanente desde lo alto del púlpito y, a menudo, en las soflamas de los más contumaces defensores de la inmovilidad de la patria. Aquel reducido arenal, más que recluir a las extranjeras, encendía los deseos de los nativos. El cambio había comenzado, pero tardaría aún mucho en llegar.*

*Las cosas no salieron como esperaban algunos, pues ni el erotismo quedó confinado en la playa ni esta se formó en el lado previsto. El pronóstico de que la arena se acumulara en el lado oeste del espigón resultó erróneo, pues el amontonamiento se produjo en el este, lo que dio lugar a que hubiera que abrir unos enormes ojos en el muro que todavía subsisten y que resolvieron el problema.*

*Los veloces sesenta concluyeron con una carta en la que los representantes de un conocido club deportivo, el de la Casa Real y el de unas familias del lugar, hacían ver a las autoridades portuarias que el espigón construido pocos años antes era el responsable del descalce de los muros y la pérdida de arena que se estaba produciendo entre el embarcadero y el espigón de la playa de Bikini. Fue entonces cuando...*

La última de las cuartillas escritas no tenía continuación, se veía que formaba parte de un texto mayor en el que faltaban el principio y el final, por lo que no podía deducirse qué era exactamente, ni quién lo había escrito, ni con qué finalidad. Se asemejaba a las memorias que había leído la noche anterior, pero estas estaban mecanografiadas; parecía

como si alguien hubiera estado haciendo acopio de material relativo a aquella parte de la historia de Santander.

La descripción del gobernador, del alcalde y del obispo le resultaron familiares. Recordaba la forma con la que sus padres, diplomáticos de rango medio, describían las reuniones sociales en las que participaban por razón del cargo y coincidían con los políticos oficiales y la llamada sociedad civil, además de la forma en la que unos y otros se relacionaban y se despreciaban simultáneamente. También era consciente de que ese era uno de los aspectos de la narración, entre pintoresco y cómico, visto desde la distancia. No obstante, le pareció, en todo caso, digno de estudio el origen de aquel espigón y si había nacido, no tanto de una necesidad real de ordenación de la bahía, con su correspondiente estudio, sino de la necesidad de confinar a las extranjeras fuera del alcance de la vista de los nativos. Efectivamente, el muro pudo haberse hecho sin el más elemental estudio de la dinámica de las corrientes y de las consecuencias futuras.

Como punto de partida, le pareció interesante, todo un cambio medioambiental, porque había que confinar a las extranjeras en una playa alejada del centro de la ciudad. El llamado «nacionalcatolicismo», en su más pura expresión, resultaba tan curioso que tenía todos los visos de, si no ser totalmente cierto, al menos, sí haber formado parte de la argumentación.

Dejó vagar sus recuerdos y volvió a leer la pintoresca historia de gobernador, alcalde y obispo. Roída por la curiosidad, como vio que, en la caja, quedaban pocos documentos por comprobar, pese al cansancio y la avanzada hora, decidió echarles un vistazo: varios ejemplares de una revista que había visto en la casa de su abuela llamada *Selecciones del Reader's Digest* y, entre ellos, dos sobres a los que el tiempo había pasado factura, porque, como la goma de la propia carpeta, el pegamento se había corroído. Uno de ellos contenía las cartas que, en la narración anterior, se decía que le habían dirigido al presidente de la junta portuaria los propietarios de los predios contiguos a la playa. A pesar de lo avanzado de la hora, la intriga pudo más que el sueño, de manera que cogió el primer documento, que tenía fecha de entrada, en la Junta del Puerto, de 15 de febrero de 1969, según sello estampado en la primera página. En el documento, los representantes de distintas propiedades transmitían sus quejas. Decían que sus fincas lindaban con la playa de La Magdalena y esta con la restinga de la barra de Juanón. «Malo si empezamos así, con estos localismos», pensó antes de seguir leyendo. El documento continuaba diciendo, que, con el buen propósito de fomentar la sedimentación de arenas sobre el perfil de la playa, se había comenzado, por orden de la dirección facultativa de la junta

portuaria, la construcción de un dique de escollera en dirección a la isla de la Torre, pero sin estudios ni experiencias previas de tanque y canal, ni modo de contrastarlos, nada más que con el buen deseo y lógica de la dirección facultativa. Continuaba diciendo que la desaparición de arena de la playa de La Magdalena había sido enorme y, paradójicamente, se había producido un hacinamiento de la misma al lado contrario de la desdichada escollera, es decir, al este de la misma y, que tan grande había sido el proceso de erosión que todas las cimentaciones de los muros de cerco y contención habían quedado al aire, desmoronándose en diversas zonas, descarnándose la playa en más de metro y medio de profundidad. También decían que, haciendo el muro de dique de contención, se acumulaban en la zona los detritos de las alcantarillas que vertían en la bahía con los peligros y molestias consiguientes. Señalaban, asimismo, que haber suspendido la ejecución de la obra y practicados aliviaderos en la escollera no constituían, por sí solos, medidas suficientes para conjurar el inminente peligro de desaparición de los muros. Continuó leyendo los escritos y contemplando las fotos que los acompañaban, en las que se veían los cimientos de los muros desnudos y las alcantarillas al descubierto.

—Pues sí que debió de ser un lodazal asqueroso —se dijo en voz alta.

No, no fue difícil para Zulema relacionar una historia con la otra en los términos en que se expresaban los escritos.

Le hizo gracia y la sorprendió la relación que había entre el que hablaba de la reunión de los prebostes de la época con motivo del escándalo de las chicas en bikini, que parecía más una sátira urbana, y el que lo hacía de las quejas de los propietarios de las fincas colindantes a la playa, que habían constatado que, como consecuencia de aquellas obras se estaban produciendo graves daños en sus propiedades. Cierto o no, una cosa no contradecía a la otra y, desde luego, la playa había tomado su nombre, precisamente, del impúdico bañador que lucían las estudiantes extranjeras, según expresión de autoridades civiles y eclesiásticas.

## CAPÍTULO CUARTO

El despertador sacó a Zulema de su sopor en un marasmo de hojas arrugadas. Se dio cuenta de que se había quedado dormida mientras leía y todas las hojas aparecían desperdigadas por la cama y el suelo. Intentó recordar y, poco a poco, fue recuperando la memoria.

—Seguramente, bebí más de la cuenta, debo tener más cuidado —dijo mirándose al espejo.

Se incorporó animosa al curso, pues le encantaba volver a ser alumna, lo que le hizo sentirse más joven. Su asistencia a algunos congresos como detective con falsa identidad le habían hecho perder interés en acudir con ánimo académico.

Cuando ya finalizaba la mañana, llegó un wasap al grupo con un mensaje que decía escuetamente: «Si la Ley Orgánica del Poder Judicial dice que habrá un libro de sentencias y que estas serán públicas, ¿a quién beneficia que hayan dejado de serlo?». Antes de que ella pudiera escribir nada, vio cómo alguna de sus compañeras escribía afanosamente en el móvil y, efectivamente, empezaron a llegar comentarios: «No te entiendo, ¿qué quieres decir?». «Ni yo —respondía otra—. ¿Dices que han quitado los libros de sentencias?».

El fin de la clase puso término a unos y otros comentarios que todo el mundo se reservó para un momento más tranquilo; el sorprendente comienzo de la siguiente clase, sin apenas descanso, había impedido el debate.

Su teléfono no dejaba de recibir mensajes, pero la exposición le estaba resultando sorprendentemente interesante y, sabiendo que todo mensaje puede esperar, pues la prisa, en todo caso, es siempre de quien lo envía, no de quien lo recibe, optó por quitarle el sonido, como estaban haciendo otros compañeros de aula, sin perjuicio de que algunos, como es habitual, estuvieran más atentos a sus móviles que al conferenciante.

No fue hasta acabar las clases de la mañana y el preceptivo aperitivo con algunos de los compañeros cuando, finalmente, en la soledad de la última caña, decidió conectarse de nuevo con el mundo.

Repasó la larga lista para seleccionar por interés y no por cronología. Le sorprendió uno que le enviaba su propio mentor, esto es, el creador de su personaje, o sea, yo mismo. El mensaje decía así: «Hola, Zulema. Acudo a ti porque estoy confundido, no encuentro publicada una sentencia del TSJ, de Cantabria, del 31 de octubre de 2016 y tiene mucho que ver con esas cosas de las escolleras que hablas con tu amigo el pintor».

Se quedó sorprendida por que el creador de ella misma como personaje de ficción, como investigadora, le hiciera este tipo de preguntas. «Aquí pasa algo», meditó antes de seguir con el resto de los mensajes. Ninguno de los cuales tenía excesivo interés a excepción de uno, de una persona del grupo que la invitaba a cenar aquella misma noche, facilitándole, además, la dirección del restaurante.

Tras despachar el resto de wasaps, volvió al que le había intrigado de su mentor — «seguro que se le ha olvidado cómo buscar en las bases de datos»— y se puso a teclear en sus suscripciones, pero, tras rastrear todas a las que tenía acceso, se dio por vencida, pues no aparecía en ninguna de ellas. «Claro que puede ser que sus datos sean erróneos, pues, habitualmente, bailan los números al apuntar las fechas de las sentencias. No obstante, voy a llamar a la editorial, seguro que allí me lo aclaran con facilidad».

Buscó el número de teléfono de atención al cliente y marcó. Tras la consabida espera y recordatorio de que la conversación podría ser grabada, una voz femenina preguntó amablemente el motivo de la llamada, que ella se apresuró a explicar.

—Mire, es que no consigo encontrar una sentencia del 31 de octubre de 2016, TSJ de Cantabria, y espero que usted me ayude a localizarla.

La respuesta la dejó sorprendida:

—Qué casualidad, es la segunda llamada que atiendo en dos días preguntando por esa sentencia. En circunstancias normales, no tendríamos ninguna dificultad en enviársela o facilitarle el acceso, pero es que, en este caso, no podemos, porque a nosotros no nos la ha enviado el proveedor, que es el servicio de publicaciones del poder judicial. Lo lamento mucho, es una cosa muy extraña, en diez años que llevo aquí, nunca me había pasado y soy incapaz de darle ninguna explicación, créame que lo siento. Lo que sí le pido es que, si aclara el error, me llame y me lo explique, pues tengo mucha curiosidad, aunque yo solo soy una telefonista asesora, no sé cuáles pueden ser las causas, ya que a mí la empresa no me lo ha explicado.

Zulema dio las gracias, colgó el móvil y se quedó mirándolo. «Este viaje a Santander está resultando mucho más interesante de lo previsible. Voy a aceptar esa invitación a cenar. Qué curioso: quien lo remite no se ha identificado ni como hombre ni como mujer. Bueno, qué tontería, mi aspecto no deja lugar a dudas, pero no se sabe, espero que quien sea no se equivoque, sería demasiado latoso».

Cuando fue a beber de su cerveza comprobó que la camarera, sin que ella se diera cuenta, le había quitado la anterior y le había traído una nueva, exuberante de espuma. Miró a su alrededor por si hubiera alguno de los compañeros del curso y no distinguió a ningún conocido, solamente un hombre, escondido tras un periódico y con un perro a sus pies que le miraba pidiéndole una sonrisa o una caricia. Era, de entre las personas que estaban en la terraza, el único que hubiera podido hacerlo, pero, tras una segunda mirada, decidió descartarlo, demasiado compaginados entre ellos como para prestar atención a nadie más. No le dio a ella la impresión de que alguno de los dos, tanto perro como amo, tuviera muchas miras de relacionarse con alguien que no fuera uno de ellos. Había leído algo de mascotas y dueños y le parecía que se ajustaban mucho a lo leído. No pudo seguir con sus meditaciones, pues la periodista ponente en la primera charla acababa de llegar a la terraza y le hacía una tímida seña de si podía acercarse y sentarse con ella, a lo que asintió de forma inmediata con un gesto y una amplia sonrisa.

—Perdona si he invadido tu intimidad —dijo con sorna, en clara alusión al curso de la universidad en el que habían coincidido—, pero, aunque esté como ponente en el curso, en realidad, es la primera vez que lo hago; siempre me he sentado en la bancada de la prensa o de los estudiantes y, sinceramente, es mucho más revitalizante. Sé que te llamas Zulema por la ficha de matrícula y porque oí que te llamabas así en el café. Dime, ¿qué te parece el curso?

—Pues la experiencia me está encantando. A mí me pasa como a ti: a los últimos cursos a los que he asistido, bueno, más bien congresos, he ido como investigadora; a este vine como alumna, pero me persigue el síndrome de Sherlock.

—¿Síndrome de Sherlock? Perdona, no he oído hablar de él. Y perdóname también por no haberte dicho mi nombre. Me llamo Olga, aunque supongo que ya lo sabes por el curso.

—Sí, claro, eras la única de quien no tenía referencia y, por ello, te escuché con interés. El síndrome ese es como llamo yo a una manía que tengo de investigar sucesos, consciente de que la realidad es, habitualmente, un iceberg del que solamente vemos la punta.

—Pues sí, me parece acertada tu apreciación, pero ¿qué investigas en este curso? Si el ambiente es tranquilísimo.

—¿Has visto a un personaje que parecía sacado de Cervantes repartiendo trípticos?

—Sí, tengo uno en el bolso, pero no he prestado atención. ¿Qué tiene eso de interesante?

—No lo sé, pero mira qué cosa tan curiosa.

Zulema procedió a contarle su paseo hacia la playa y el encuentro con el pintor, y cómo, tras las explicaciones, le había entrado el gusanillo de la investigación, lo que había ocasionado su visita a la librería y los manuscritos que había encontrado.

—Desde luego, me dejas sorprendida y me resulta muy sugerente eso de la librería.

—También he ido a una charla del grupo del pintor y, sinceramente, Olga, estoy verdaderamente intrigada. Para colmo, mira el wasap que he recibido. —Sacó el móvil y le enseñó el que hacía referencia a la sentencia—. Como verás, se juntan el curso y mis investigaciones. A ti como periodista, esto te tiene que resultar tan raro como a mí como abogada. Fíjate, me ha llegado un wasap en el que mi mentor me pide que investigue una sentencia, que, al parecer, no ha sido publicada. La he buscado en los repertorios y, efectivamente, no aparece. Como abogada, nunca había tenido problemas: la ley establece claramente que las sentencias son públicas y hay un registro de todas ellas en todos los juzgados.

—Me dejas sorprendida —contestó la recién llegada—, pues nunca he tenido ese problema. Lo único que se me ocurre es que el letrado o letrada de la administración se niegue a facilitarlas por un supuesto derecho a la privacidad de los litigantes.

—Podría ser así, pero que no se publiquen las sentencias atenta contra los pilares elementales del Estado de derecho. Se pueden tachar los nombres de los intervinientes, pero la justicia es uno de los poderes esenciales del Estado; me parece disparatado y fuente de todo tipo de arbitrariedades que tengamos que entender que queda en manos de los letrados de la administración. Y es que el caso que te comento es así, ¿no se publica la sentencia porque afecta a una persona relevante o porque no se publica ninguna? En todo caso, si el motivo que se promulga es el derecho a la intimidad, ¿esa protección no choca con todo nuestro ensamblaje judicial? Desde luego, a los periodistas os lo ponen muy feo, lo siguiente será que no os dejen escribir.

—Pues me das un buen argumento para un artículo. Lo pienso investigar y, si te parece oportuno, te cito. O mejor: te propongo que escribamos juntas el artículo. ¿Qué te parece?

—Por mí, estupendo. Me apetece ser colaboradora de prensa; nunca he tenido tiempo para ello. Además, si nos entendemos bien, yo tengo mucho material, tengo

muchas cosas que contar, ya sabes que las cloacas del Estado pasan por los cuarteles de la policía y los juzgados con el visto bueno de los despachos de abogados, que no nos perdemos una, aunque el secreto profesional nos impide hablar.

—Sí, Zulema, me consta que nosotras, las periodistas, siempre tenemos un abogado consultor para que nos aclare o nos informe de las cosas. Tenéis una forma distinta de verlas.

—Oye, Olga, me ha llegado una invitación para cenar. No sé quién la manda, porque me ha llegado por WhatsApp. Te propongo que me acompañes. No es que quiera dar la imagen de puritana que necesita carabina, pero mi vida me la organizo yo y tampoco es muy corriente esto, pues no tengo ni idea de quién puede ser, ya que no se ha identificado ni como chico ni como chica. Lo mismo es un salido o un viejo que me quiere poner un piso, que ya me pasó una vez; era un tipo muy atento y culto, pero yo, demasiado joven. Me estuvo llamando bastante tiempo, pero se pasó a la política y dejó de hacerlo. Salió de senador y se olvidó de mí. A lo mejor solo quería exhibirme como un trofeo en una finca de Badajoz.

—Pues no sé qué decirte, Zulema, es una invitación que te hacen a ti, puede ser una cena muy romántica o puede ser un perverso. En cualquier caso, yo creo es mejor que vayas sola.

—Pues ninguna de las dos me apetece. Aun así, este viaje me está resultando entretenido y creo que, cuando se acabe el curso, voy a prolongar mi estancia.

—La verdad, Zulema, es que no tengo planes para esta noche. Déjame ver dónde te ha citado. Podemos quedar a tomar un vino en la barra y, cuando llegue quien sea, me haces una seña: si me presentas, me quedo, y, si me despides, me marchó, ¿qué te parece?

—Me parece una idea estupenda. ¿Qué hacemos: nos tomamos otra cerveza o nos vamos?

—Yo me voy, Zulema. Se me hace tarde y he quedado. Nos vemos a las nueve. Dime tu número y lo marco, y, cuando suene, te anotas el mío, ¿te parece?

—Sí, vale.

Zulema decidió irse al hotel a descansar. Al llegar a su habitación, recordó que, en la carpeta, quedaba un sobre sin abrir, de manera que se apresuró a hacerlo. Se quedó sorprendida, esta vez no eran escritos. Esta vez se trataba de fotografías, docenas de fotografías que, enseguida, identificó sin dudar, pues casi todas ellas eran fotografías de la playa. Algunas estaban sin datar, pero, en otras, figuraba la fecha escrita, casi siempre,

manualmente con tinta estilográfica. alguna de las fechas era casi ilegible. La más antigua era de la casona que aún se mantenía en pie, vigilante sobre la playa. La fecha era de 1878.

En las siguientes fotos, se veía la evolución que había tenido el entorno: la edificación del palacio y de las caballerizas, la explanada que dejó el incendio del viejo balneario en 1917, la playa en los años veinte, treinta y cuarenta del siglo pasado, la playa llena de bañistas en los años cincuenta, sesenta y setenta. También estaba la construcción del muro de Bikini en los años sesenta y el descarte de la playa que siguió al mismo, que vio que coincidía con la carta de los prebostes a las autoridades. Asimismo, los rellenos de los años setenta y ochenta y la playa después de los temporales, que siempre recobraba su perfil, el que tenía en la primera de las fotos de 1878, y la arena que, relleno tras relleno, acababa en la playa de los Peligros, que había pasado de ser una pequeña franja de arena de difícil y peligroso acceso a una playa colmatada que, rebosante de arena, se extendía a lo largo del promontorio, como una lorza de arena. Por último, el muro sobre la playa derruido temporal tras temporal.

Parecía como si los escritos dirigidos a las autoridades, junto con la cómica historia de los obscenos bikinis, fuesen de los años cincuenta, según palabras de las autoridades, y como si las fotos del sobre hubieran sido coleccionadas por alguien para dar testimonio del cambio de una ciudad. Tendría que ser entretenido comentarlo con alguien que de verdad lo conociera.

## CAPÍTULO QUINTO

Cuando Zulema llegó al restaurante, Olga, su nueva amiga, ya se estaba tomando una cerveza en la barra. Un solícito camarero tenía listo todo el mostrador con vasos preparados para atender a la clientela más rápidamente, a falta, exclusivamente, de la oportuna bebida, lo que transmitía la imagen de ser un lugar en el que se sabía beber.

Pese a estar acompañada, le hizo una seña para que se acercase, comprobando, al hacerlo, que sus acompañantes eran dos de los profesores que habían intervenido en el curso. Uno de ellos, que tenía voz de pito, le había resultado cargante, por lo que ella se temía lo peor mientras se acercaba. Por un momento, pensó en adelantar a las 21:30 la hora de la cenicienta y salir corriendo, pero le venció la responsabilidad con su nueva amiga. Si finalmente tenía que dar una excusa, ya lo haría sobre la marcha.

Tras las oportunas presentaciones, para alivio de Zulema, el profesor cuyo nombre seguía sin retener, informó de que era una lástima que no pudieran quedarse, pero que habían quedado a cenar con el vicerrector de la universidad.

—Claro, claro que lo entiendo —le contestó ella, comprobando la cara de satisfacción que tenía el profesor al comentarle tan importante invitación. De manera que, cuando poco después, su acompañante, que no había dicho una palabra, le indicó que se les iba a hacer tarde y que tenían que marcharse, se despidieron con entrecortadas disculpas, sin que ella apreciara ningún disgusto en ellos, quienes, en ningún momento, fueron conscientes, de que una de las múltiples formas de hacer el ridículo es la de darse importancia ante quien no lo valora.

Ellas se cruzaron una brevísima mirada de complicidad y alivio. Ya solas se confesaron mutuamente el susto que habían pasado.

—Tú lo tenías peor, Zulema, porque yo tenía una disculpa fácil y, desde ahora, te digo que no tengo edad para tragarme una cena de vacaciones con un pelma. Bastante que tengo que aguantar comidas de trabajo, que, por cierto, es lo que más odio. Y no solo cuando son tíos, que algunas de nosotras somos peores y más inaguantables.

Zulema hizo unos gestos con los que decía tanto o más de lo que hubiera podido decir con palabras.

Cuando ambas estaban a punto de concluir sus bebidas, vio entrar en el local a tres personas cuyos rostros le sonaban y que, inmediatamente, encajó, pues una de ellas era la mujer que repartía trípticos en la universidad y a los otros dos, varones de mediana edad y buen aspecto, los había visto en los pasillos de la universidad y en el debate del día

anterior. La sonrisa en sus caras le indicó que se llevaban una alegría al verla y que habían temido que no se presentara. Al verla acompañada, no hicieron ningún gesto ni de aprobación ni de reprobación, más allá de un ligero asentimiento, comportamiento que, a ellas, les pareció de lo más apropiado.

—Nos alegramos de que hayas venido acompañada de la periodista del curso —dijo la que repartía los trípticos acompañando al pintor y, dirigiéndose a esta, añadió—, lo sé porque te vi en la universidad, estoy matriculada en otro curso: lo mismo que ellos. A nosotros nos parece muy bien, pues queremos que este asunto del monstruo de La Magdalena sea lo más conocido posible y si trabajáis juntas, pues fenomenal, mejor que mejor.

—Pero si no sabemos a qué hemos venido —la interrumpió Olga. Me he encontrado con ella en un bar y me ha dicho que había recibido un wasap citándola aquí, pero que no conocía al remitente. A las dos nos ha hecho gracia y, cuando me invitó a venir con ella, me pareció divertido. Así, sin más.

—Ya, pero seguro que ya te ha comentado algo, porque, cuando le di el tríptico, el de las personas que bajaron a la playa, se mostró muy interesada, ¿verdad, Zulema?

—Sí, es cierto, me resultó interesante y chocante. La verdad es que me ha interesado casi más que el curso en el que estoy matriculada, y que me perdone Olga, que es profesora en él.

Los recién llegados se volvieron hacia esta última, mitad cortesía, mitad interés mal disimulado. La llegada de un camarero interrumpió la conversación, mientras les atendía y tomaba nota de sus consumiciones, de forma que, cuando finalmente les dejó para atender los encargos, se había roto el hechizo del primer momento, que salvó la propia periodista con la comprometedora pregunta de:

—No os importará que me quede, supongo.

Duda que fue, inmediatamente, despejada por el mayor de los recién llegados, que, mitad galantería, mitad coqueteo, contestó con un:

—En absoluto, por nuestra parte, encantados.

No habían acabado las presentaciones, cuando María, que así se había identificado la repartidora de trípticos, dirigiéndose a Zulema, pero señalando a sus acompañantes, le dijo:

—Les he comentado que seguro que nos ayudas, porque tú también estás intrigada. Sabemos que eres investigadora y abogada, pero esto para ti podría ser un

*hobby*, porque nosotros no podemos pagar. Nuestro presupuesto llega para pagar la cena; a eso sí que estáis invitadas las dos.

—Menuda puñalada me das, no sé qué me vais a pedir, pero esto así lleva mal camino.

—Sí, tienes razón, pero seguro que, después de oírnos, no lo ves tan complicado, tú solo tienes que darnos tu opinión después de valorar lo que te vayamos exponiendo. Parte de los antecedentes ya te los contó Domingo en el bar del balneario; lo sé porque yo estaba en otra mesa y lo oí, y me quedé tan interesada como tú. —Y, señalando a sus acompañantes, dijo—: Se lo he contado a ellos y también les ha resultado interesante. Queremos que nos digas lo que ves en esa obra, pues una mirada ajena como la tuya, acostumbrada a pensar de otra manera, nos puede ser de gran ayuda y para ti no será gran trabajo.

—Ah, eso es otra cosa. Por mí, empezamos durante la cena, que me parece un sitio muy apropiado. Creo que no habría otro mejor, rodeados como estamos de arqueología industrial de la ciudad y de fotos del pasado portuario, aunque temo que a mi amiga lleguemos a aburrirla un poco.

—Al contrario —contestó Olga—. Estoy harta de comidas y cenas aburridas y esta reunión con desconocidos e, incluso, desconocida, porque a ti también te he conocido hoy, me resulta de lo más entretenido. Lo horrible hubiera sido con los que me acompañaban cuando llegaste.

Tan pronto como se sentó Zulema, sacó de su bolso su *tablet* de última generación.

—Hoy día, se viaja con *tablet* —dijo sin levantar la cabeza mientras iba tecleando—. Yo la uso a todas horas y, para esta reunión, nos va a venir muy bien, porque ya tengo descargada una serie de documentos y de fotos que, de verdad, os van a sorprender.

—¿Ya has tenido tiempo? —inquirió María—. No sé cómo lo has podido hacer si acabas de llegar a Santander.

—Sí, he llegado hace cuatro días, pero mi abuela veraneaba aquí y tenía unas fotos del balneario y de la playa de cuando mi padre era niño. Por eso, me interesó el tema desde el primer momento. No son nada especial, pues son parecidas a las que aparecen en cualquier álbum familiar o en cualquier postal. Lo que sucede es que yo tenía la imagen de cómo era la playa y, por eso, me chocó tanto cuando bajé el otro día.

—Pero ¿por qué te chocó? —le preguntó María.

—Pues porque, antes, la playa era una playa natural con su propia arena; ahora, aunque la arena es igual, se ve que la han rellenado en la parte más pegada a los muros. Las series históricas te permiten conocer cómo era antes. Además, me animé a ir a una librería de reventa y he encontrado fotos y documentos muy curiosos.

—¿No os había dicho que iba a resultar interesante hablar con ella? —dijo María dirigiéndose a sus acompañantes—. Lo que no podía imaginarme es que sus comentarios a Domingo cuando estaba haciendo las acuarelas ni su posterior presencia en la charla tuvieran algo que ver con veraneos familiares.

—Por cierto, Zulema, ¿has encontrado algo de interés?

—Por supuesto, ya os he dicho que en una librería de reventa he encontrado fotos y documentos muy curiosos, y, por supuesto, en Internet aparecen infinidad de ellas si las sabes buscar, tanto en las fototecas oficiales como, por supuesto, en todo tipo de páginas de divulgación. En la librería de reventa, he encontrado un tesoro: un cajón con fotos y documentos que, si no los conocéis, seguro que os van a encantar. No sé si servirán para vuestros propósitos, pero de que os va a gustar estoy segura.

La llegada del camarero con bebida y pan interrumpió la conversación, pese al interés de los anfitriones en que Zulema continuara hablando, pero esta les advirtió sobre que no se hicieran tampoco excesivas esperanzas. Mientras les decía esto, sonó su móvil y, tras comprobar la llamada, pidió disculpas para ausentarse y hablar en la calle. Cuando volvió al cabo de un rato, los camareros ya habían traído la cena, por lo que todos estuvieron de acuerdo en dejar para el final la conversación. Fue la misma Zulema quien, antes de acabar la cena, intuyendo el interés de sus anfitriones, les sugirió empezar cuanto antes con las fotografías que pensaba enseñarles. Para que los demás pudieran ver bien, le pidió a Olga que le cambiara el sitio para poder explicarlas mejor. Tras colocar la *tablet* de forma que pudieran verla, les enseñó la primera foto.

—Como veis, es el balneario de La Magdalena y este niño que aparece junto a la niña es mi padre. Por su edad, que no tendría más de cinco o seis años, calculo que la foto sea del año 1962 o 1963. El ambiente no es muy distinto al de esta otra que os enseñé y que es de un personaje singular en aquellos años: el famoso bombero.



Zulema, según iba enseñando las fotos, continuó explicándolas:

—Esta foto tiene interés porque se ve que, debajo de la terraza, había unas bodegas en las que se guardaban los toldos, las sombrillas y los remos de los botes fondeados. La gente está de pie debajo de la terraza, lo que nos permite calcular la diferencia de altura entre esta y la playa. Ahora os voy a enseñar alguna de las fotos más antiguas que existen, no ya de este balneario, sino del anterior, y vais a comprobar que la diferencia de nivel entre la terraza y la playa es muy parecida. Desde luego, ignoro si en aquella época se hacían rellenos. En todo caso, el perfil de la arena, con más de ochenta años de diferencia entre una y otra, es muy parecido.

Zulema procedió, a continuación, a pasar varias fotos del balneario y de la casona.



—En el decimonónico balneario, había unas escaleras y, para descender hasta la playa, había que bajar diecisiete peldaños aproximadamente, más o menos como en las fotos que estamos viendo y las que después os voy a enseñar. Lo veis bien, ¿verdad? Esa diferencia de altura se ha mantenido constante a lo largo de casi cien años. Por si no lo apreciáis bien, os voy a ir pasando la *tablet* para que lo comprobéis.

»Mirad, cuando después de los años setenta, se hacían rellenos, el nivel de arena subía mucho, 1,5 metros o 2 metros, como está actualmente según estas fotos que hice el otro día.



»Fijaos que el nivel de arena está mucho más alto. Comprobad que coincide con fotos de otros años. Sin embargo, siempre después de los temporales, el nivel de la arena vuelve a estar a la altura del nivel que tenían las primeras fotos. Una y otra vez, la playa ha recuperado su perfil inicial después de cada estación de temporales; evidentemente, supongo que con algunas mínimas variaciones.

Una vez más, tuvo que pasar la *tablet* porque los más alejados se quejaban de que no lo veían bien, pero, tras comprobarlo, iban moviendo la cabeza en señal de asentimiento.

—Ahora, vamos a comprobar qué sucede al final de los años sesenta y principio de los setenta tras construirse el muro de Bikini. Vamos a ver cómo el muro, desde la explanada del balneario hasta la playa de Bikini, se va descalzando y las alcantarillas de las construcciones limítrofes quedan al descubierto por pérdida de varios metros de altura de la arena.

Zulema puso a continuación la fotografía del documento en el que algunos prohombres de la ciudad habían dejado escrito que aquellos muros de defensa y contención de mampostería, con su correspondiente cimentación adecuada, habían cumplido perfectamente su cometido; pese a ser obras levantadas en muy diferentes épocas resistiendo mareas y temporales, no se habían alterado tanto artificialmente las condiciones portuarias de aquella zona.



Fotografía de: Las arenas de La Magdalena [blogspot.com](http://blogspot.com)

Todos los asistentes miraban con interés a Zulema, invitándola a seguir con su explicación.

—Yo no sé si lo que os digo es cierto o no, pero, entre los documentos que encontré en la librería de reventa, aparecen escritos como el que os he enseñado, con sus correspondientes sellos de entrada y de salida en el caso de las contestaciones oficiales. También estaban las fotos que os enseñé a continuación, en las que, como podéis comprobar, los muros y las alcantarillas aparecen completamente al descubierto. Por la proximidad temporal entre la construcción de aquel muro y supongo que los dragados en la bahía con la voladura de rocas, parece que hay un nexo de casualidad. Fijaos en las fotos —les dijo una vez más pasando estas hacia delante y hacia atrás para que lo comprobaran, lo que dio lugar, de nuevo, a que los más alejados tuvieran que levantarse—. Ahora voy a enseñaros las fotos de los rellenos que se hicieron a partir del año 1972. Puede ser que se hicieran como consecuencia de las quejas de los prohombres a los que os he hecho referencia, podéis creer lo que os dé la gana, que yo no lo sé, solamente puedo señalar que los rellenos se producen después de una carta que ellos envían en ese año. No sé si alguno tendrá edad de recordarlo, pero yo, por ahora, no puedo deciros más porque no venía preparada para este asalto al que me habéis sometido —dijo al tiempo que levantaba las manos y soltaba una carcajada—. Pero, como tengo más documentos y más fotos tan instructivas como las que os estoy comentando, las volcaré en la *tablet* y ya veremos dónde hacemos la última cena, porque me marchó dentro de dos días.

—A mí ya me has sorprendido hoy lo suficiente —la interrumpió la periodista—. Me habías contado algo, pero no creía que lo tuvieras tan estudiado.

—No, Olga, no lo tengo estudiado, es una cuestión de método. —Y, volviéndose a los anfitriones, que permanecían expectantes, les aclaró—: Tengo algo más que también está al alcance de todo el mundo y seguramente lo conoceréis, pero os digo lo mismo que a Olga: es cuestión de saber mirar y de interpretar lo que ves.

Tras un breve silencio, María le dio las gracias y, dirigiéndose a sus compañeros, les comentó:

—Es curioso, a veces, tenemos las cosas al alcance de los ojos y no las vemos, las fotos de Zulema son las mismas que tenemos los demás, pero sus conclusiones son distintas. Veremos qué nos cuenta mañana. Creo que todo esto se merece un *gin-tonic*. Yo desde luego que sí me lo pienso tomar. —Propuesta ante la que hubo unanimidad entre una algarabía contagiosa en la que era difícil distinguir cuánta se debía a la sed y cuánta a la satisfacción por la exposición.

Cuando salieron del restaurante, llovía torrencialmente, de manera que una rápida despedida sustituyó a una posible última copa y cada uno huyó como pudo.

## CAPÍTULO SEXTO

Lo último que oyó Zulema fue: «Mañana, chocolatada en la bahía», expresión que no alcanzó a entender. Ni el taxista que la llevó al hotel fue capaz de aclararlo, pues llevaba poco tiempo en la ciudad, según dijo. Por la radio, avisaban de distintas salidas de los bomberos por situaciones domésticas de emergencia. Ella miraba, desde el taxi, sorprendida, las riadas que bajaban por las distintas cuestas de la ciudad, pero llegó sin mayores contratiempos a su hotel, empapada en el breve trayecto entre el taxi y la recepción, lo mismo que le había pasado al salir del restaurante.

Cuando, por la mañana, iba en el autobús camino de la universidad, la sorprendió que el azul habitual de la bahía de un día radiante se hubiese cambiado por un color turbio y marrón, y recordó las últimas palabras oídas al salir del restaurante: «Mañana, chocolatada en la bahía». Preguntó a un joven que iba sentado junto a ella, quien, como respuesta, movió los hombros y añadió que no tenía ni idea, y volvió, a continuación, a teclear en su móvil, tarea que le había interrumpido la pregunta. Un hombre mayor con ganas de conversación le explicó que era la riada del río Cubas, porque la noche anterior había llovido mucho. «Y, hoy, las playas aparecen llenas de porquería de la riada —añadió—. Es una larga historia, por la deforestación cuenca arriba».

La llegada a su parada impidió mayores explicaciones. Cuando llegó al aula, sus compañeros de la noche anterior ya estaban sentados en sus sitios habituales y le enviaron una sonrisa de complicidad que ella devolvió. Poco después, le llegó un mensaje de uno de ellos, el que, aparentemente, había estado prestando más interés. Le pedía una dirección de correo para enviarle un dossier con artículos publicados en la prensa sobre las escolleras. Se la facilitó y, poco después, llegó un correo con distintos enlaces que contenían archivos, por lo que, de inmediato, contestó al remitente para avisar de que, aunque habían quedado para ese mismo día, prefería leer, aunque solo fuera superficialmente, los artículos, y si procedía, cotejarlos con su propia documentación, que la disculpara con los demás. Tan pronto como envió el mensaje, se notó más aliviada y se dio cuenta de que la historia la estaba estresando más de lo que, inicialmente, había previsto, hecho que también supuso que se debía a su propia soledad en la ciudad. Al pensarlo, echó de menos a su gente. «No es cosa de uso del teléfono; lo que empiezo a necesitar es el calor y roce humano habitual», pensó. Al acabar las clases, dudó entre quedarse en algún espacio adecuado del propio recinto universitario o buscar un sitio más aislado para proceder a la lectura de los documentos enviados. Finalmente decidió que

sería mejor buscar un banco en el paseo de la playa. Una ligera comida en la cafetería precedió al regreso. Anduvo a través del pinar que tanto le había gustado el primer día, dándose cuenta de que, en los días anteriores, había estado tan ensimismada con el curso y con la playa que apenas le había prestado atención.

Fue andando por la avenida en dirección al centro de la ciudad sin encontrar ningún sitio apropiado, hasta que, cuando ya desesperaba, encontró un banco sobre un voladizo desde el que se divisaba toda la entrada a la bahía, con el palacio rodeado de toda la arboleda al fondo; el largo arenal del puntal al otro lado del espejo de agua y, bajo sus pies, otro arenal partido por la mitad por el monstruo de piedra. La altura del voladizo sobre la playa le hizo sentir un ligero vértigo, y se percató, en aquel momento, de que la avenida estaba tallada sobre la ladera de un antiguo acantilado que cerraba la bahía por su linde norte. Justo debajo del banco, encaramado en mitad del acantilado, pudo divisar el acopio de materiales para rellenar aquella parte de la playa y construir el segundo espigón, según le había explicado el pintor.

Procedió a ir abriendo las direcciones que le habían enviado, de lo que dedujo que aquel casi anónimo personaje tenía mucha más información de la que aparentaba. Docenas de cartas, fotos, artículos y tribunas publicados contra las escolleras en todos los medios, tanto en papel como digitales y sonoros, una artística foto de expresión ciudadana llamó mucho su atención.



Grupo Medusa manifestándose contra las obras.

La sorprendió la escasa defensa de las obras, que parecía proceder, casi siempre, de los obligados por el cargo, por la aspiración al cargo o por la sumisión a su partido. Tampoco se dejó engañar, pues sabía que nadie se moviliza cuando se va ganando y, hasta el momento, esa era la situación. Pese a las quejas y movilizaciones, la primera de las monstruosas escolleras se había construido.

La asombró, una vez más, la reiteración que había en las autoridades municipales en insistir que los acarreos anuales de arena costaban cincuenta mil euros y que, con esas obras, no se necesitaría pedirle al Estado que repusiera tales arenas en caso de tormenta. «Un poco peregrino si ese es el argumento principal», meditaba ella.

Entre los enlaces, había uno que remitía, directamente, a las noticias publicadas en relación con el baño en la piscina de Pedro J., en Mallorca. Relataba la crónica del asalto a la misma, que el conocido periodista tenía en un chalé de la costa mallorquina, y el cual se efectuó porque los asaltantes habían considerado que estaba construida en terrenos de dominio público. Ella se acordaba vagamente del incidente, pero no de las causas ni de cómo había concluido, por lo que, al terminar el artículo, buscó noticias relacionadas con el mismo, hasta que, finalmente, encontró la referencia a las sentencias que decían que la piscina tenía que ser de uso público por estar construida en terreno público. Entre los artículos, había alguno que hablaba de la Ley de Costas y de sus distintas servidumbres y ella no tardó en entender la relación, puesto que uno de los artículos hablaba de que el deslinde marítimo-terrestre en aquella playa se había efectuado el 21 de diciembre de 2007, cuando el conflicto de la piscina, más que candente, estaba que ardía, pues había dado lugar a distintas querellas y procedimientos judiciales.

Tras mirar la hora, comprobó que aún era pronto y tenía un rato por delante. Un fuerte bocinazo con eco en el fondo de la bahía la sacó de su ensimismamiento. Un enorme ferry entraba por la bocana del puerto y hacía saber su presencia a los numerosos barcos que navegaban por la lámina de agua, que ahora, al subir la marea, había recuperado su color azul, pues el agua entrante desplazaba el agua de la riada. Tres veces hizo sonar el ferry su potente bocina, hasta que los últimos barcos rezagados, dejaron libre el camino por el canal de navegación. Solo en ese momento se fijó en la cantidad de barcos de múltiples clases que recorrían la bahía en todas las direcciones. Desde modernas y coloridas pedalinas, que, para hacer más entretenido el paseo a los niños, llevaban incorporados toboganes con caídas al mar, hasta barcos de vela de todos los tamaños, pasando por todo tipo de tablas de navegación a vela y a remo, y, por supuesto, multitud de embarcaciones a motor, navegando o fondeadas. Una trainera blanca brillaba al sol de

la tarde mientras esquivaba a una colorida regata de cruceros de distintos portes, que ceñía intentando salir de la bahía; una flota de barcos en regata, a quien la marea entrante parecía ponérselo difícil, pues solamente unos pocos barcos parecían haber elegido correctamente las mejores rachas del viento de barlovento para alejarse del centro de la canal. El milenario arte de la navegación desfilaba ante sus ojos, arte que, si hoy era de ocio, en un pasado no lejano había sido el motor del puerto. En ese momento, recordó las memorias encontradas en la librería de reventa y fue capaz de identificar, entre la arboleda, la vieja casona encima de la playa que el autor describía, en la que hacían la aguada los barcos anclados en el fondeadero. En ese momento, también entendió por qué las barquías relatadas en las memorias, cuando salían, se pegaban a la costa para evitar las corrientes del centro del canal y los vientos de cara.

Un barco, con todo su velamen desplegado, permanecía quieto luchando contra la corriente. Recordando la descripción, supuso que el antiguo fondeadero de los pataches, que el autor describía frente al acantilado, se encontraba bajo sus pies.



WUNSCH. *Pasión por la fotografía*

Por un momento, su imaginación se volvió en blanco y negro, como las fotos de aquellos viejos barcos que había podido ver. Se los imaginó en un imperceptible balanceo, esperando, en calma chicha, la llegada de una racha de viento que fuera suficiente para poder levar anclas. Los últimos representantes de una estirpe de barcos veleros que desapareció en la infancia del autor de las memorias, para dar paso a las embarcaciones a motor de carbón. De aquel fondeadero había arriado anclas el viejo Octubre, minutos antes de ser abordado y hundido por un carbonero que entraba a motor, según la descripción detallada que se hacía en aquellas memorias.

El bocinazo de un barco, que no conseguía ver, por lo que ella dedujo que salía, la sacó de su ensueño. Se sintió como cuando acaba bruscamente una melodía y uno no sabe muy bien dónde se encuentra; poco a poco, dejó que se desvanecieran las imágenes y volvió a la realidad, que, en este caso, seguían siendo los relatos de la invasión de la piscina de Pedro J.

El siguiente documento que le enviaba el remitente era un plano que ella no tardó en identificar como el tramo de costa que se encontraba bajo sus pies y recordó, en aquel momento, su primer paseo por la pasarela de la playa junto al muro que la cierra. Allí podía estar la clave de la obra. Desde luego, de la sutil insistencia del remitente era fácil deducirlo; casualidad o causalidad, difícil dilema si no hay nadie que lo aclare.

Siguió leyendo con interés los artículos y tribunas publicados, en los que intuía la indignación de una parte de la sociedad, seguramente, la parte más viva y más sensible, ante el monstruo de piedra, y se alegró de estar allí.

Poco después de reanudar la lectura, le sonó el móvil y pudo comprobar que era la acompañante de su abuela. Tan pronto como oyó su voz, supo que algo malo pasaba. El tono era grave y la mujer no conseguía articular una palabra completa. Tras mucha paciencia, finalmente consiguió calmarla. Entre hipos y lloros, la informaba de que, cuando paseaban por el parque del Retiro, un adolescente que circulaba en un monopatín, tras hacer una pirueta, había perdido el equilibrio y se había caído, pero el vehículo, libre de infante, se había vuelto loco y, en su deambular, había terminado golpeando a la anciana en un tobillo, derribándola, por lo que habían tenido que llevarla a un hospital en ambulancia. Al acabar la explicación, la mujer, nuevamente, se había puesto a llorar y a hablar incoherentemente, por lo que Zulema la insistió en que le diera el teléfono a alguna persona del hospital. Cuando, entre más lloros y lamentos, la mujer finalmente lo hizo, una ATS de la Paz le confirmó el ingreso y le anunció que, aparentemente, la mujer tenía

un tobillo fracturado, por lo que necesitaría escayola y reposo, que, dada su edad, sería prolongado.

La personalidad de abogada sustituyó a la de nieta en las siguientes preguntas, pero la ATS no fue capaz de aclararle si el autor del accidente había sido identificado a efectos de las responsabilidades, indicándole que eso tendría que preguntarlo en la recepción del hospital, puesto que ella, en el departamento de urgencias, no sabía resolvérselo.

Zulema comprobó la hora y llamó a su despacho, confiando en que, pese al letargo veraniego, hubiera alguien trabajando o estuviera de guardia. Dejó que sonara la llamada hasta que se agotó y, cuando una voz anónima le indicó que dejara el recado, que sería atendida lo más pronto posible, se reconoció en dicha voz, pues el mensaje lo había grabado ella misma.

Solo en ese momento, se dio cuenta de que se le habían acabado las vacaciones y el otoño había sustituido al verano. Tras las oportunas llamadas, comprobó que tenía dos horas para coger el último tren a Madrid. Llamó al hotel para cancelar la estancia y solicitar que le fueran preparando la cuenta y, a continuación, al servicio de taxis, sin saber explicar muy bien dónde tenían que recogerla, ante la ausencia de viviendas y numeración en esa parte de la calle. Finalmente, por sugerencia de la propia telefonista, acordaron recogerla en un semáforo junto a la cuesta de las Viudas, frente a la bajada al balneario Polo Norte. Ya en el taxi, llamó nuevamente a la acompañante de su abuela, a quien encontró más tranquila, sabedora de que, en el hospital, ya la habían informado.

—Estoy de vuelta, cuando llegue a Madrid, iré directamente al hospital. Usted espéreme allí y no la deje sola en ningún momento.

El tono de voz hizo sentir a la acompañante que la nieta había tomado el mando de la situación y que era solamente cuestión de 400 kilómetros que su presencia fuera real.

Ya en el hotel, no hizo la maleta, se limitó a meterlo todo en ella con el orden indispensable. Tras dar explicaciones apresuradas y pagar en la recepción, solicitó que le pidieran un taxi.

Al comprobar la hora en la estación, vio que aún le sobraban 45 minutos y que el tren ni siquiera estaba en los letreros del andén. Buscó un kiosco de prensa, pero un mozo de estación la informó de que hacía años que había cerrado.

—Ya no compraba nadie —había añadido—, pues toda la gente iba colgada de los móviles. —Y la invitó a que ella misma lo comprobara.

La explicación no le extrañó, pues había constatado por ella misma que, en el metro, más del 80 % de la gente iba leyendo en distintos dispositivos electrónicos, que habían sustituido por completo al papel, tanto periódicos como libros.

En el tiempo de espera en el andén, redactó un mensaje que envió a sus recientes amigos, informándoles de lo imperativo e imprevisto de su marcha, pero que, no obstante, se mantendría en contacto con ellos.

Olga se lamentó de la repentina marcha de Zulema y no sabía si la sustitución que el autor hacía de aquella por la periodista, ella misma, resultaría viable, pues la investigadora representaba muy bien su papel. La mezcla de recuerdos y memorias escritas explicaban sin fisura el proceso, pero, quizás, la sustitución estaba bien hecha para dar un giro en la investigación y la explicación de las cosas. Al fin y al cabo, podía ser recuperada en cualquier momento.

Los detractores de las obras eran un grupo de románticos soñadores que, a base de esfuerzo y movilización, habían conseguido aunar a una parte de la elite cultural local, pero la mayoría de la población estaba al margen del problema y dispuestos a creer cualquier consigna que se lanzara desde el sillón municipal a través del diario local.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

El mentor, por su parte, decidió refrescar su memoria y dedicar un día a la playa, un largo día paseando de extremo a extremo. Le sorprendió la cantidad de guijarros que tapizaban gran parte de la playa. Guijarros que la marea dejaba constantemente al descubierto, como ya le había comentado Zulema, pero que, sobre todo, dejaban al descubierto la desidia de las autoridades en el cuidado de la playa, que era víctima del más absoluto abandono. Los guijarros, indudablemente, procedían de las obras del entorno, presumiblemente del muro tantas veces caído y de los distintos rellenos, pero, de forma incomprensible, nadie se preocupaba de retirarlos. Todo el interés en rellenar la playa de arena no llevaba aparejado el de retirar las piedras y cascotes que la convertían en impracticable en algunas zonas. Avanzó hasta la nueva playa, la Fenómeno, como se la llamaba en homenaje a un personaje popular, una mujeruca que cultivaba en la zona una huerta con sus manos de seis dedos, según cuenta una leyenda urbana ya casi olvidada.

Ante la magnitud de aquella playa, se sonrió al recordar algunas explicaciones que había oído de que tal arena procedía de La Magdalena, pues mal podía proceder de aquella playa si no la generaba. Otra cosa es que, tras los vertidos que llegaban a la playa, esta la expulsara. Siempre había entendido que las arenas procedían de los limos y riadas, principalmente, del río Cubas o de los temporales del Cantábrico, en especial, en invierno, cuando, según algunos autores, llegaban a entrar en la bahía entre 30.000 y 50.000 metros cúbicos durante aquellos<sup>1</sup>, arenas que después iban saliendo poco a poco. Se sorprendió, asimismo, una vez más, por la falta de interés de las autoridades en resolver los problemas del mayor recurso económico de la comunidad, un recurso hídrico inigualable en comatoso estado de abandono, según se deducía por el avance de la nariz del puntal que, en marea baja, parecía decidido a atravesar la bahía. Los dos fenómenos era un fiel reflejo de cómo la normalidad progresiva es compañera de la indiferencia, de manera que la grave colmatación de la bahía se la traía al paio a los responsables, usando la más expresiva jerga marinera que el paseante recordaba.

Dos chicas en bikini le adelantaron velozmente en animada conversación y el paseante, inconscientemente, aceleró ligeramente el paso para seguir las a distancia. No se dio cuenta del cambio de velocidad hasta unos cientos de metros más adelante, cuando, ellas, abandonando la orilla y cambiando el rumbo, se acercaron al lugar en el que una

---

<sup>1</sup> MARCANO CEBALLOS, DAVID. (2014). *Bahía de Santander. Atlas Geotécnico (Difunde)*. Cantabria: PUBliCan Ediciones.

llamativa sombrilla actuaba como faro sobre la arena, donde tenían sus bolsas, toallas y maridos.

Él sintió que se sonrojaba por un impulso tan irreflexivo como juvenil y, por un momento, rememoró lo que debió de ser aquella playa de Bikini, hasta donde le habían llevado sus pasos, en aquellos tiempos pasados de hambruna amorosa, según contaba la leyenda urbana, en la que jóvenes y no tan jóvenes españoles de los sesenta fantaseaban con la libertad sexual de las extranjeras, conocida a través del cine y la música. La famosa canción *Je t'aime moi non plus* de Jane Birkin, que nadie ha olvidado y que los santanderinos identificaban con aquella maravillosa y aislada playa. No se acordaba si la excomunión católica estaba prevista para los que osaran pecar en ella o si solo sería ejemplo para los charlatanes del púlpito, como aquello otro que fue en Sodoma y Gomorra. Por un momento, le pasó por la cabeza que si durante el día el pecado era aquella playa, por la noche lo era el Drink Club.

Inició el camino de vuelta y decidió comprobar qué quedaba de la costa original de la bahía en esa parte de la ciudad, constatando que, si bien en la playa de Bikini quedaban unas decenas de metros sin cerrar con tapia, a medida que iba avanzando a lo largo del llamado Campo de Polo y fincas posteriores, en todas, incluido el balneario de La Magdalena, los muros habían invadido el terreno del mar, de manera que esa era la causa de que, al subir la marea, la playa desapareciera, pues los taludes naturales habían sido eliminados y, con ellos, la reserva natural de arena. Solamente en el otro extremo de la playa quedaba un pequeño tramo sin amurallar, con su primitivo talud natural, que almacenaría arena con el viento sur. Comprobó, una vez más, el muro tantas veces caído, según denunciaban sus propias cicatrices.

—Hay cosas que son de sentido común —dijo en alto ante la atónita mirada de una pareja que paseaba en silencio, mirada que interpretó casi de reproche, pero sin saber discernir si lo era por hablar solo o por hablar en alto.

## CAPÍTULO OCTAVO

Olga recibió un mensaje de Zulema en el que, escuetamente, entre interrogaciones, le decía: «¿El agua vive en Mombasa?». Se extrañó, pues, aunque habían mantenido algún contacto los primeros días desde su repentina marcha, este había derivado más a transmitirse ambas su preocupación por la rotura de tobillo de la abuela que por otros aspectos personales o profesionales, quizás, debido a lo corto del tiempo de su amistad, por lo que, en su contacto, en consecuencia, había habido muy pocos comentarios sobre la playa, las escolleras y los amigos comunes nacidos en aquel entorno. Dudó entre si mandarle un emoticono o hacerle una llamada telefónica, y optó finalmente por esto último. El teléfono de Zulema comunicaba, pero había transcurrido muy poco tiempo cuando la cantarina voz apareció devolviéndole la llamada.

—¡Hola, qué alegría! —se dijeron al unísono.

—No sé si podré hablar mucho, pues estoy en la consulta con mi abuela, creo que es la última porque está francamente mejor, pero a estas edades no se sabe.

Zulema interrumpió momentáneamente la conversación, y por lo que oyó Olga, dedujo que le estaba explicando a su abuela con quién hablaba. La reiteración de «ya te lo he dicho» le hizo suponer a esta que o bien la abuela empezaba estar un poco sorda o bien ya no se enteraba mucho. Finalmente, Zulema retomó la conversación.

—Perdóname, te puse un wasap, pero no te envié el vídeo ni el artículo. Ahora mismo lo hago. Cuando los veas, vas a entender el mensaje, pero bueno, te lo cuento. ¿Te acuerdas de aquella célebre película llamada *Memorias de África*?

—Por supuesto, Zulema, es una de esas películas que no se olvidan, aunque sea de otra generación. Dicen que es el vuelo romántico en avioneta más bonito de la historia del cine, pero no veo la relación.

—Lo vas a entender ahora cuando te lo cuente. Hay un momento de la película en que la protagonista, encarnada por Meryl Streep, construye una presa para asegurar el agua y los regadíos en la hacienda, y el encargado, no recuerdo el nombre del actor, no hacía más que repetirle que el agua vivía en Mombasa, río abajo. Ella no entendía lo que él quería decirle, pues, evidentemente, no podía entender que su empleado negro creyera que el agua tenía alma. Lo entendió cuando, tras una gran tormenta, el agua no solo se escapó de la presa, sino que arrasó toda la hacienda.

—Sí, Zulema, ahora me acuerdo. Era una escena muy dramática, pero no consigo entender lo que quieres decirme con ello.

—Perdona, nos llaman a consulta, luego seguimos hablando, te mando el vídeo.

Efectivamente, poco después, le llegó un vídeo del Tomavistas. En él, aparecía la playa de La Magdalena y se veían trozos desvencijados de la famosa pasarela, arrastrados por la marea, que se había llevado parte de las reposiciones de arena. Olga se acordó de que, en años anteriores, había sucedido lo mismo: con los primeros temporales de invierno, las mareas se llevaban la pasarela y siempre era comentario puntual en los periódicos locales. Siempre le había extrañado el empeñamiento en dejar la pasarela a sabiendas de que los temporales se la iban a llevar de todas maneras. Frente a la prudencia de otros lugares en los que, al acabar el verano, se retiran las pasarelas, en esta playa, de una forma manifiestamente imprudente, la dejaban año tras año y año tras año los temporales se la llevaban.

Si el mensaje Zulema hubiera sido «Esta arena no vive en esta playa», quizás, hubiera sido más exacto, pero, de cualquier manera, era un buen título para un artículo. «Todos los años la misma historia y no aprendemos», pensó. En la película, quieren retener el agua y el agua se escapa. Aquí, quieren echarla de la playa, pero vuelve año tras año. Es como si estuviera diciendo: «Esta es mi playa y vivo aquí, no voy a dejar que me expulséis». En ese momento, recordó la exposición que Zulema había hecho en la cena en la Caseta de Bombas; cada año, desde la primera foto, el mar llegaba hasta el muro y dejaba un desnivel de entre catorce y diecisiete escalones entre la terraza y la playa. Pues este año va a pasar lo mismo, a esta agua le gusta bañarse en el balneario y, por mucha arena que le pongan, vuelve a este y, de paso, se lleva la arena que repongan con pasarela incluida, y eso que aún no ha habido ni grandes mareas ni grandes temporales. Mientras veía el vídeo, le llegó un nuevo wasap de Zulema en el que le decía que, si tenía dudas, hablará con su mentor, pues le había comentado a Zulema que estaba deseando contárselo a quien le escuchara, y le proporcionaba, para ello, un número de teléfono: 629 160 028. Asimismo, le facilitaba un enlace al artículo publicado en la prensa al que había hecho mención.

Tras leerlo, dudó un rato de si llamar por teléfono, ya que hablar a un personaje real desde el propio relato, se le hacía raro, pero, finalmente, se decidió y procedió a marcar el número.

Creyó reconocer la voz de quien, al descolgar el teléfono, pronunció un: «¿Sííí?» prolongado antes de preguntar quién llamaba, pues no tenía registrado el número. Ella, sorprendida, dio una respuesta que le costó articular, pero que él entendió enseguida.

—¡Ah, sí, ya sé! Yo mismo le sugerí a Zulema que me llamaras. Mira, los santanderinos nos pasamos el año hablando de vientos y, además, en verano, de las mareas de septiembre. Cuando alguien abre una cuenta en el banco Santander, inmediatamente, le ofrecen unas tablas de mareas y, cuando las coge, lo primero que hace es mirar los coeficientes de septiembre, que son muy altos porque coinciden con el equinoccio de otoño, ya sabes, el cambio de estación de verano a otoño. También son muy fuertes en el equinoccio de primavera, o sea, en el paso del invierno a esta, pero eso ya no lo mira casi nadie, porque en invierno no se baja a la playa, por el contrario, las mareas vivas en los solsticios son más suaves, basta repasar las tablas mes a mes para comprobarlo. Si coinciden mareas vivas con temporales, el impacto es enorme, se arma gorda, pero si son de las llamadas muertas, o sea, de poco coeficiente ni se nota. El lío que se traen entre el Ayuntamiento de Santander y la Dirección de Costas es por este motivo: el Ayuntamiento quiere que se reponga arena al comienzo de la primavera y los de la Dirección de Costas y Medio Ambiente, que saben bastante más, objetan que reponer arenas en mareas equinocciales y con riesgo de temporal es una imprudencia casi calificable como punible. Por eso, las reposiciones se hacen cuando llega el verano, que no hay riesgo de temporal y, sobre todo, los coeficientes solsticiales son menores. No sé si me entiendes.

—Sí, por supuesto que entiendo lo que me dices —contestó sin estar muy convencida—, pero lo voy a comprobar yo con mis propias tablas de mareas, porque, efectivamente, soy de las que las llevan en el bolso. De todas maneras, lo que me cuentas me ha resultado interesante, nada como observar las cosas.

—Pues entonces, te voy a decir una cosa más. Podrás comprobar que las mareas vivas siempre coinciden con luna nueva o luna llena, y las mareas medias, con los cuartos crecientes y menguantes. Ya sabes, si tienes alguna duda, me llamas, para mí también resulta entretenido hablar por teléfono con un personaje de ficción.

Cuando Olga colgó el teléfono, lo primero que hizo fue buscar sus propias tablas de mareas, pero, por más que las buscó en su bolso, fue inútil y, finalmente, se dio por vencida ante la evidencia de su ausencia. No recordaba dónde podía haberlas dejado, quizás, en la bolsa de la playa de verano.

«Comprobaré en la *tablet*», pensó mientras tecleaba para entrar en ella. Fue comprobando mes a mes y constatando la veracidad de lo que le había comentado su interlocutor telefónico. Vio que, además, había unas tablas especiales para pesca, que eran mucho más completas y de esto no le había hablado él, pues, además de los coeficientes, proporcionaba datos de cómo variaba la altura de las mareas según la presión barométrica, algo totalmente nuevo para ella, pero que, enseguida, creyó entender, pues indicaba que, a menor presión barométrica, mayor subida de la marea. «Claro, por eso en invierno, que hay temporales, hay mayores subidas de la marea». Siguió indagando curiosidades hasta que una llamada de trabajo la devolvió al mundo real.

Cerró la *tablet* mientras atendía la llamada y pensaba que aquel interlocutor parecía saber bastante de aquella playa y que merecería la pena tener una nueva conversación.

## CAPÍTULO NOVENO

Zulema, por su parte, desde su regreso a Madrid, había vuelto a la normalidad, pero una normalidad relativa. Había trasladado sus reales a la casa de su abuela, en la que su cuarto seguía como el día que había salido de allí, bajo la comprensión llorosa de aquella, aunque, de vez en cuando, volvía a pernoctar para darle una alegría a la anciana. La vuelta no había significado un cambio de rutina, como era su carrera diaria, en la que, según los días, llevaba o no el teléfono. Ese día no lo había llevado y, al cogerlo, vio que tenía varias llamadas profesionales que fue atendiendo. También había varias llamadas de su mentor, en las que aquel no era pródigo, por lo que supuso que tenía algo importante, lo suficiente como para devolverla cuando ella estuviera sin otra cosa que atender. Sin embargo, no pudo elegir el momento, pues antes de que finalizara la jornada, el teléfono empezó a sonar de forma insistente, por lo que, de no cogerlo, llegó a temer por su propia existencia ficticia. «Si no cojo el teléfono, mi mentor es capaz de crear un personaje nuevo, como ha hecho en otras ocasiones, y jubilarme. Será mejor que le atienda», pensó antes de aceptar la llamada.

—Hola, Zulema, ya sé que me estoy poniendo un tanto insistente, pero tengo un pequeño problema, pues, por más que expongo en todos los sitios el deslinde marítimo-terrestre y el murete escollera adosado al muro de la playa, no consigo que se me entienda lo suficiente, de manera que te lo voy a explicar a ti con fotos. Lamento ponerme un poco pesado, pero, como tú eres abogada, seguro que esto de la Ley de Costas lo vas a entender bien y lo puedes explicar, entre otras personas, a la periodista, que para eso he creado el personaje.

—Pues si lo dices así, solo puedo contestarte que me parece bien.

—Verás, Zulema, te lo voy a explicar sin elucubraciones, solamente hechos y normas jurídicas puntuales, que tú no vas a tener ninguna dificultad en entender, pero que te va a costar explicar y, sobre todo, que te crean, porque esto para la mayoría de la gente es nuevo.

»La Ley de Costas de 1988 estableció que era responsabilidad del Estado hacer un deslinde marítimo-terrestre, o sea, establecer hasta dónde llega el mar que sea del Estado, lo que se conoce como zona marítima-terrestre. Ya sabes, las playas, los acantilados, las rías, etc., porque las aguas son siempre públicas, no me voy a extender porque tú lo conoces y el que quiera saberlo solamente tiene que teclear en Google y aparece perfectamente explicado. Además, en ese deslinde, se tiene que delimitar una

franja que se llama servidumbre de tránsito y es un paseo a lo largo de la costa que puede ser lo mismo en terreno público que en terreno privado.

—Por supuesto, eso lo conozco —respondió Zulema—, se estudia en la carrera. Decía un profesor mío que, antiguamente, se conocía como el «camino de náufragos».

—Sí, Zulema, efectivamente, así era conocido, aunque yo no he encontrado referencias escritas en esos términos, pero sí lo he oído. Veo que me vas a entender bien. Para los profanos, es difícil entenderlo, pues se entiende mejor cuando se conoce la ley, como en tantas otras cuestiones jurídicas. Como te iba diciendo, el deslinde imperativo, aquí, se aprobó en una orden ministerial de 21 de diciembre de 2007, en la que se incluyó gran parte del municipio de Santander empezando por la playa de los Peligros y en el que está incluida toda La Magdalena y la costa hasta Bezana. El deslinde oficial estableció el límite de la zona marítimo-terrestre en el punto donde está construido ese horroroso muro que tanto te llamó la atención cuando paseaste por la playa.

Un largo silencio siguió a las anteriores palabras antes de que ella dijera:

—¿Estás insinuando lo que yo pienso?

—Pues no lo sé, Zulema. No sé si estoy insinuando o no, pues la claridad de los hechos no sé si necesitan ser acompañados con insinuaciones. Yo solo pretendo constatar que, en el plano del deslinde aprobado, figura como te digo.

—Ya, entiendo. Puede ser por casualidad, que se dice en algunas ocasiones, cuando no se busca el resultado, pero también se dice por causalidad, que es cuando ese es el resultado que se busca. Tampoco es necesario darle cuartos al pregonero, pero una persona enterada y situada en un lugar estratégico es capaz de hacer pasar una cosa por otra, e incluso que pase desapercibida. Mis padres decían que los espías, los magos y los ilusionistas basaban su éxito en su capacidad de hacer mirar al público en la dirección equivocada.

—Pues sí, lo has cogido al vuelo. También te digo que el muro se cayó una vez más en febrero de 2014, porque la mar lo derribó y, si lo hizo, es porque la mar llega hasta él. Protegerlo con una barrera de arena como se ha venido haciendo parece que ha servido para muy poco. Por eso, a raíz de que se cayera en esa fecha, lo han protegido con un muro de escollera levantado en la misma playa, como puedes comprobar en la foto que te adjunto por correo. Si puedes, compruébalo.



Foto proyecto rehabilitación

—Sí, por supuesto, la estoy viendo. Sobre esta escollera, se coloca la pasarela en la que estuve este verano.

—Pues no lo sé, no sé si sobre la escollera o sobre el muro de arena que se sigue levantando cada año, pues los temporales continúan llevándosela de la misma forma, como se ve en las fotos que ha venido publicando la prensa año tras año. Tú misma decías que ese muro tiene más cuchilladas que un soldado de Flandes y es verdad, año tras año, la marea se ha cobrado su tributo. Lo que sí tiene que quedar claro es que estas obras y reparaciones las pagan los propietarios del terreno, de eso no me cabe la menor duda, lo establece claramente el artículo sexto de la ley. Otra cosa es que, de forma imprudente, algunas autoridades hayan dicho que las obras de las escolleras se hacían para proteger las propiedades del entorno. Construir las escolleras para alejar el agua de los muros y colocar la pasarela para poder eliminar la servidumbre de tránsito, si esto es así, es inadmisibile, lo mismo que para proteger el muro del embate de las olas; y pienso que, además, ilegal. Te voy a mandar un plano oficial del deslinde y lo vas a poder comprobar tú misma, pues la línea continua es la de deslinde y la servidumbre de tránsito es el terreno entre esa línea y la línea de puntitos.

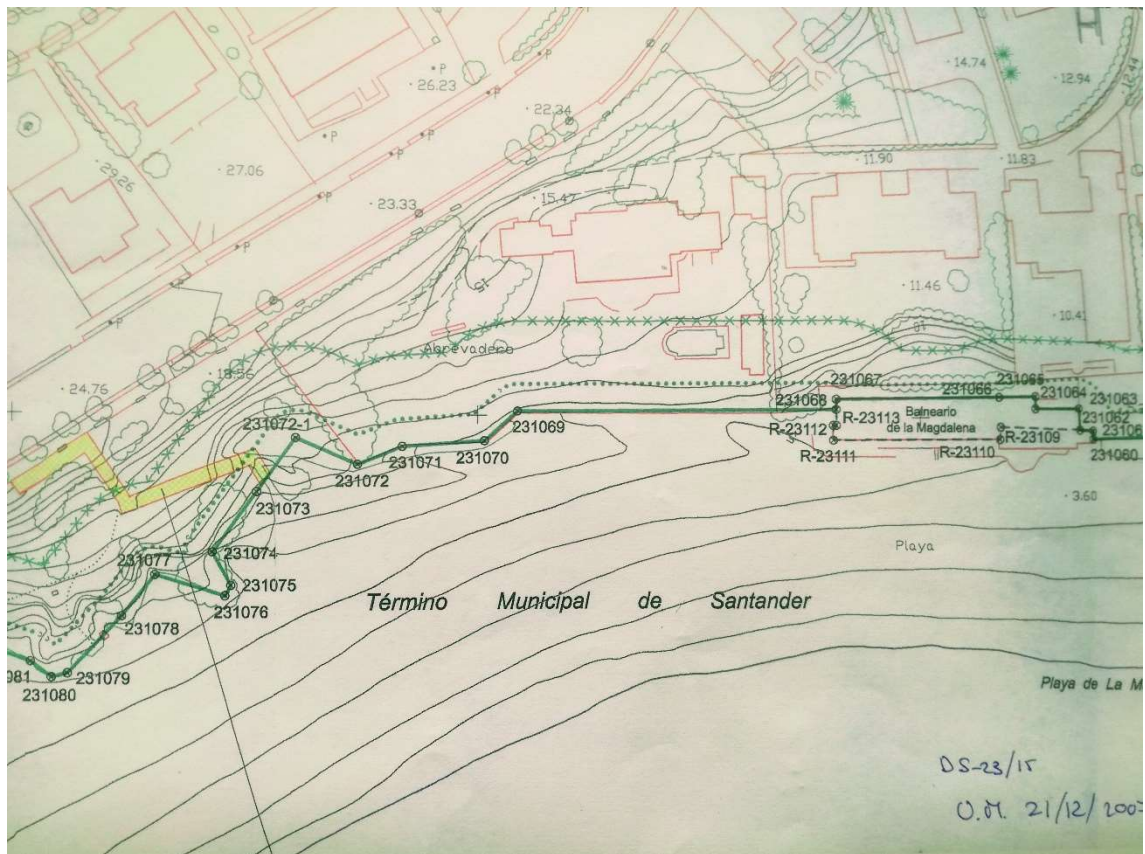


Foto del plano oficial del deslinde

»Ahora te mando una superposición del proyecto de escollera superpuesto sobre el plano del deslinde, en el que se ve cómo quedaría todo según el proyecto. La pretensión es ganar 40 metros lineales de playa; en principio, parece intrascendente, pero, una vez se consolide, se puede pedir un nuevo deslinde marítimo-terrestre y la servidumbre de tránsito iría por la playa y no por el interior de la finca; podría ir por la pasarela como parte de un paseo marítimo, como se ha hecho en otros sitios. Tú misma me decías que podía ser por causalidad o casualidad, que son términos que solo se parecen fonéticamente.

Un largo silencio siguió a las últimas palabras, que, finalmente, fue roto por el propio mentor.

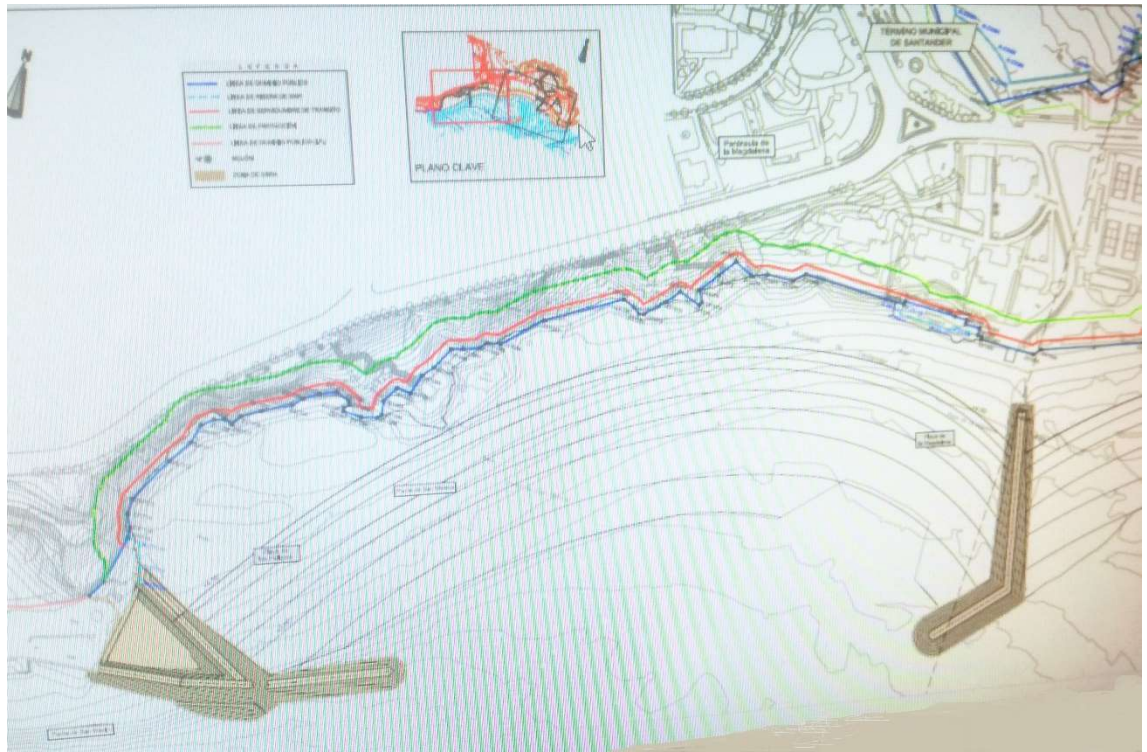


Foto proyecto escolleras

—Y claro, ahora me preguntarás que quiénes son los propietarios de esas fincas beneficiadas por las obras, pero no tengo ninguna intención de decírtelo, pues esas cosas hay que escribirlas en la prensa y esto es solo un relato de ficción inspirado en la realidad, pero, como bien sabes, a menudo, la realidad supera con creces a la ficción. No obstante, seguro que en El Faradio encuentras explicación suficiente.

## CAPÍTULO DÉCIMO

Cuando Zulema llegó a casa su abuela, esta la estaba esperando en su mesa camilla de toda la vida, con un álbum de fotos y la invitó a que se sentara con ella a verlas. Zulema se dio cuenta de que las fotos habían sido seleccionadas porque, en todas, la ahora anciana aparecía no como un bellezón, pero casi, y nunca lo había sido; sin embargo, sí aparecía como una mujer con eso que se llama clase y categoría, esas cosas que, a veces, las instantáneas fotográficas no pueden recoger y que hoy se resuelven con el manipulado fotográfico, pero, en el pasado, se solucionaba eliminando las fotos malas. Entre las fotos del álbum, su abuela también tenía algunas de la propia Zulema, quien, al verlas, se acordó de la conversación que había mantenido por la tarde con su mentor.

—Mira, Zulema, aquí están las fotos que me mandaste de aquel verano en el que te invitaron a pasar unos días en Mallorca. Estabas más delgada, pero estás más guapa ahora. Los años te sientan bien, como a casi todas.

Efectivamente, cuando estaba en su último año de carrera, una compañera le había invitado a pasar unos días en la regia isla. Huérfanas ambas, habían convertido su soledad en amistad. Una tía de su amiga, muy bien casada en segundas o terceras nupcias, cuestión no aclarada sobre la que ella no se atrevió a preguntar ni necesitó aclaración, con un prohombre del IBEX, también repetidor de vicaría y juzgado, la había invitado a pasar unos días con ella y su amiga la había incluido en el equipaje sin advertencia previa, pero sin problemas posteriores, pues había sido magníficamente recibida, sobre todo, al saber que era hija de diplomáticos.

Aunque Zulema había perdido a sus padres al final de la adolescencia, había aprendido de ellos casi todo lo que se debe saber de relaciones sociales y de protocolo. Por su vida como diplomáticos, tenían que acudir asiduamente a todo tipo de actos y recepciones y, en bastantes ocasiones, ella misma los había acompañado.

Sus anfitriones, coincidiendo con su estancia, habían dado una fiesta de verano para sus conocidos a la que las dos amigas, por supuesto, fueron invitadas. Se había rumoreado que se esperaba a los monarcas como invitados sorpresa. Tan sorpresa que todo el mundo sabía que iba a haber una sorpresa en forma de visita real. El desmentido por parte de los anfitriones había sido efectuado de tal forma que todo el mundo había interpretado que era una confirmación, lo que obligaba a todo tipo de mercenarios sociales a hacer lo imposible por asistir y autoridades mayores y menores a no rechazar la invitación. Entre el personal fijo de la casa y el contratado para la ocasión, se contaron

infinidad de chismes, que ella, en la mayoría de los casos, fue incapaz ni de retener ni de constatar. Curiosamente, uno de los rumores más recurrentes es que aquella fiesta iba a salir gratis, pues parecía que había gente dispuesta a pagar lo que fuera por asistir. Ella misma, debido a su juventud, por un momento, se había sentido casi perteneciente a aquel mundo y como si la visita real fuera para conocerla a ella en plan Letizia.

Siguiendo el ejemplo materno y su consejo, coleccionó cuantas fotos pudo del evento y, como ella le había aconsejado, había anotado cuantos nombres y datos fue capaz de recordar, que le permitieron más adelante comprobar curiosas trayectorias.

Durante la fiesta, dos veces había visto al anfitrión alejarse del bullicio por el cuidado jardín, reverencialmente acompañado por selectos invitados, que, sin duda, se sentían elegidos por la fortuna. Se había acercado románticamente cuanto había podido, pero manteniéndose en la distancia y fuera del perímetro de la posible sospecha de indiscreción, por lo que no pudo oír en ningún caso las conversaciones, pero sí pudo observar distintos gestos como señalando el terreno, como si el anfitrión tuviera planes para hacer algún tipo de obra y la licencia dependiera de quien escuchaba. Aunque en una situación como aquella, dedujo que no era necesario ni pedir nada, ni insinuar nada, pues ya se encargaría el oyente de interpretar bien los deseos del hablante y de darle la consabida alegría. Aquella forma de pensar formaba parte de su herencia materna, que siempre decía que lo mismo era una invitación en una dacha soviética que en un yate en Mallorca, pues el invitado siempre quedaba a merced del anfitrión. Cuando había visto que el prócer estaba a punto de iniciar el camino de regreso, ella se había anticipado y había vuelto al centro del barullo. No había querido correr el riesgo de que, por casualidad, se cruzaran las miradas y que aquel leyera en sus ojos la sospecha. Al hacerlo, había sentido que el espíritu de espía de su madre la poseía.

Cuando preguntó a su amiga que quiénes eran los invitados de relumbrón, esta había reconocido que no tenía ni idea; había oído a su tía que estaría todo el mundo de la alta sociedad de las finanzas y de la política, pero que, debido a su reciente matrimonio, ella no los conocía. «Los de siempre —había aclarado el prócer—, menos los que proceden de la política, que a estos hay que cambiarlos de vez en cuando». Zulema, con posterioridad a la fiesta, interpretó la expresión del prócer como que, si los políticos no habían entendido lo que él quería, posiblemente no estarían en la siguiente fiesta y, quizás, tampoco en los cargos.

Ese tipo de invitaciones no son gratis para todo el mundo. Le habían inculcado sus padres, y ella recordaba, pese a la ya lejana ausencia de aquellos, su frecuente negativa

a asistir a determinadas invitaciones, sabedores de cómo eran, que si les invitaban era para conseguir algo a través de sus influencias. «De manera —pensó ella— que esta fiesta era como todas. Hay cosas que no cambian: influencias, dinero, sexo y poder». El posterior cotejo de los datos que ella había anotado y de los que salieron en la prensa del corazón le había permitido constatar que algunos de los notables habían pasado de las páginas de crónicas de sociedad a las páginas de crónicas de los tribunales y, en algunos casos, a las de los libros de sentencias.

Siguieron viendo fotos, pero a ella ya no se le iba de la cabeza la fiesta de su juventud, que, repetidamente, golpeaba las imágenes de su recuerdo. Finalmente, hizo caso de aquellas llamadas e intentó hacerse una idea de cómo podría haber sido una fiesta semejante en la casa protegida por el muro de la playa. Imprescindible una gran carpa, porque una lluvia imprevista desbarata y destroza la mejor fiesta y, en Santander, una lluvia nunca puede ser imprevista. Desconocedora del mundo local, fue incapaz de imaginarse una lista de elegidos. Hasta donde ella conocía, los santanderinos no se prodigan en la prensa del corazón. Imaginó, eso sí, una lista de autoridades mayores y menores imprescindibles en algunos saraos.

Recordó la escena descrita en las cuartillas de la carpeta comprada en la librería de anticuario, el gobernador civil, unas veces convocado y otras no, el alcalde de la ciudad, el obispo de la diócesis, el rector de la universidad, el director del puerto... Las damas de la buena sociedad, organizando sus fiestas veraniegas en aquella época, de la que aún quedan restos, en que se sacaba a las chicas casaderas al mercado matrimonial. Baile de las debutantes, presentación en sociedad o puesta de largo, como dijo aquel político en el congreso referido a la Constitución ante el estupor general. Fiestas en las que, a menudo, lo importante eran los futuribles. Recordó aquel delicioso libro de Parkinson titulado *Al patrimonio por el matrimonio*, en el que el autor, profundo conocedor de la conservadora sociedad inglesa, sabiamente recomendaba que la búsqueda de un buen matrimonio no debía empezar nunca por la búsqueda de la futura pareja, sino por la de los suegros convenientes. De qué podía servir, decía el autor, buscar la pareja ideal, si los suegros eran financieramente inadecuados.

«No —concluyó Zulema para sí—, en toda fiesta, los invitados tienen que ser los adecuados para el fin perseguido, los demás son de relleno». De manera que volvió a intentar imaginarse una lista del tipo de invitados necesarios. Fue consciente de que no necesitaba conocerlos ni saber sus nombres. En esta, no se anunciaría la presencia del rey, pero sí podría anunciarse la del rey de las finanzas, cuya presencia tampoco hubiera sido

imprescindible. Habría bastado solo con el anuncio de su asistencia para que todo tipo de súbditos se hubiera prestado a rendir la pleitesía obligada. Al llegar a esta conclusión, se dio cuenta de que acababa de entenderlo todo. En ninguno de los casos, ni en la fiesta real ni en la fiesta ficticia, o no, imaginada por ella, hubiera sido necesario que el monarca asistiera o estuviera invitado, ni siquiera de que tuviera conocimiento de esta, lo importante es que los invitados lo creyeran.

Zulema se dio cuenta de que su abuela había estado hablándola y ella le había respondido con monosílabos sin hacerle mucho caso.

—Te estaba diciendo, niña, que me tienes que enseñar otra vez las fotos de este verano de la playa, me gusta compararlas con las de mi juventud, pero me tienes que hacer una copia como las de toda la vida, que en estos aparatos que tenéis ahora es muy incómodo de mirar y no tengo edad para ello.

—Sí, abuela, mañana sin falta te las hago, que a mí también me gustan en papel y así me hago yo una copia. Además, me van a mandar unas cuantas más en los próximos días, en cuanto haya un temporal.